

Tras las huellas de la tradición cartográfica en el altiplano central de México

In the footprints of the cartographic tradition in the Central Mexican Highlands

CHRISTOPHE HELMKE Doctor en arqueología por la Universidad de Londres. Profesor asociado de idiomas y culturas indígenas de las Américas del Instituto de Estudios Transculturales y Regionales de la Universidad de Copenhague, Dinamarca.

JESPER NIELSEN Doctor en idiomas y culturas indígenas de las Américas por la Universidad de Copenhague, Dinamarca. Profesor asociado del Instituto de Estudios Transculturales y Regionales de la misma universidad.

ÁNGEL IVÁN RIVERA GUZMÁN Candidato a doctor por la Facultad de Arqueología de la Universidad de Leiden, Holanda. Arqueólogo y epigrafista, investigador adscrito a la Dirección de Registro Público de Monumentos y Zonas Arqueológicas del Instituto Nacional de Antropología e Historia.

RESUMEN Hace más de cuatro décadas, H. B. Nicholson comparó la llamada Piedra del Palacio de Xochicalco con una página de un códice mesoamericano. Este monumento evoca la bien conocida tradición cartográfica del altiplano central de México en el momento de la conquista española, pues presenta numerosas fechas calendáricas y signos toponímicos conectados mediante un camino marcado por huellas de pie. En este artículo exploraremos la evidencia de esta tradición correspondiente al Epiclásico y discutiremos no sólo las características fundamentales de la Piedra del Palacio, sino también de algunos monumentos procedentes de Xochicalco y otros sitios ubicados en sus inmediaciones.

PALABRAS CLAVE cartografía, mapas, evolución diacrónica, monumentos epiclásicos, epigrafía

ABSTRACT More than four decades ago, H. B. Nicholson compared the so-called Palace Stone from Xochicalco to a page in a Mesoamerican codex. Showing numerous calendrical dates and toponymic signs connected by a path marked by footprints the monument readily recalls the cartographic tradition that is well-known for the central Mexican highlands at the time of the Spanish conquest. In this paper, we explore the Epiclassic evidence of this tradition, discussing not only central features of the Palace Stone, but also additional monuments from Xochicalco and sites in the vicinity.

KEYWORDS cartography, *mapas*, diachronic evolution, epiclassic monuments, epigraphy

Tras las huellas de la tradición cartográfica en el altiplano central de México

Christophe Helmke
Jesper Nielsen
Ángel Iván Rivera Guzmán

INTRODUCCIÓN

Al llegar a Mesoamérica en el siglo XVI, los conquistadores españoles se encontraron con civilizaciones que empleaban sistemas de escritura y los usaban en una gran cantidad de manuscritos plegados (figura 1). Con base en los ejemplares existentes y en los testimonios escritos sabemos que estos manuscritos registraron una gran cantidad de información: listas tributarias, almanaques rituales, secuencias dinásticas, mitos de origen y paisajes territoriales. La manera de llamar a estos manuscritos depende de sus materiales y formas. Entre ellos, el formato más común es el de los códices o libros plegados, y el menos frecuente es el de las tiras o los lienzos (p. ej. Brotherton, 1995; Boone, 2000, 2007; Nowotny, 2005). Antes de la introducción del papel europeo, la mayoría de los códices se elaboraban con el papel indígena conocido como amate, elaborado con la corteza interior de las higueras (*Ficus* sp.) y con una especie de vitela hecha con piel de venado que se cubría con una capa fina de yeso. En contraste, los lienzos se hacían con largas telas tejidas. En este aspecto hay cierto traslape entre el formato, el material y el tipo de información que se registraba en estos manuscritos, aunque los códices fueron la forma predilecta en la gran mayoría de casos, mientras que los lienzos se relegaron al registro de información histórica, dinástica y territorial (véase Boone, 2000: 20-22).

Aunque la conquista española conllevó la destrucción de muchos de estos códices, se permitió la preservación de algunos ejemplares que sirvieran a los propósitos de las nuevas autoridades. En consecuencia, la gran mayoría de los manuscritos que hoy se conservan fueron elaborados después de la conquista, y sólo unos cuantos sobrevivientes datan de las décadas que

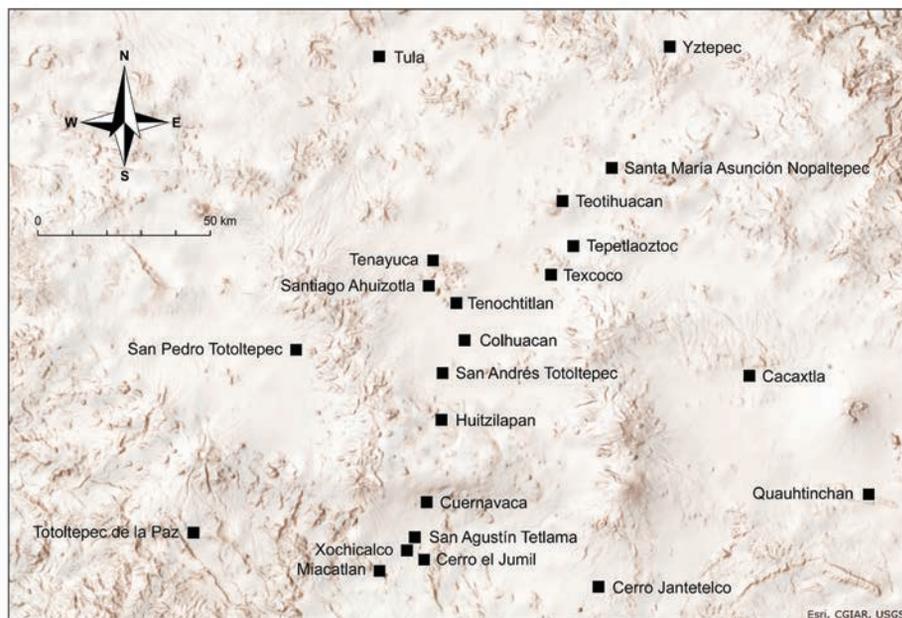


Figura 1. Mapa del altiplano central de México en donde se muestra la localización de sitios y topónimos mencionados en el texto. Datos topográficos: Environmental Systems Research Institute. Mapa por Christophe Helmke.

precedieron a la invasión española. Algunos manuscritos posteriores a la conquista fueron creados por escribas indígenas consumados, mientras que otros son copias fidedignas de documentos anteriores a la conquista. Otros reflejan la fusión cultural en la que nacieron sus autores, que recibieron su educación durante el proceso de mestizaje de la Nueva España.

Los anales, las listas de tributos y los manuscritos cartográficos conocidos como mapas son algunos de los documentos que produjeron los escribas indígenas durante la Colonia y que fueron permitidos por las autoridades españolas, tanto seculares como religiosas. Todos ellos reflejan claramente las preocupaciones de los colonizadores: ejercer poder político, recaudar los tributo y conocer el territorio. Con respecto a los diferentes tipos de libros que usaban los mexicas, el fraile franciscano Toribio de Benavente (Motolinía) destacó la veracidad de los anales históricos, describiéndolos —quizá con el objetivo de denigrar a otras fuentes— como la única fuente confiable: “Y asimismo figuraban las hazañas e historias de vencimientos y guerras, y el sueso [la sucesión] de los señores principales; los temporales y notables

señales del cielo, y pestilencias generales; en qué tiempo, y de qué señor acontecían” (Benavente, 1914: 3). Varios de estos manuscritos están vinculados directamente con áreas o ciudades-Estado específicas. De este modo, en los anales se asentaba la historia dinástica de los soberanos de una ciudad, mientras que las listas tributarias inventariaban las contribuciones que recibía una capital por parte de sus vasallos. En cambio, en los manuscritos cartográficos se registraba la extensión del territorio bajo el control de una ciudad-Estado específica. Del mismo modo se hacía en los mapas catastrales de menor escala que proporcionan información sobre el reparto, el tamaño y el nombre de los dueños de parcelas (véase Mundy, 1996: 91-133; Boone, 2000: 121-161).

Como la mayoría de estos manuscritos se elaboraron alrededor de la época de la conquista o en las décadas subsiguientes, muchos de los documentos presentan influencias europeas en el estilo de su ejecución, en los rasgos representados de la cultura material y en la presencia de glosas latinas. Por lo tanto, es posible preguntarse cuáles son sus rasgos realmente precolombinos, cuáles son importaciones europeas y cuáles son el resultado de la fusión de las dos culturas (p. ej., Robertson, 1959: 59-67). Este dilema genera una serie de preguntas pertinentes: ¿hubo una tradición cartográfica precolombina genuina? De ser así, ¿cómo era su aspecto gráfico y cuáles fueron sus rasgos característicos? Para poder abordar estas interrogantes se requiere un estudio diacrónico que profundice en el desarrollo de esta tradición. En el presente trabajo nos ocuparemos precisamente de estas cuestiones. Comenzaremos por revisar algunos ejemplos de mapas del periodo posterior a la conquista, para después retroceder siete siglos hasta el periodo Epiclásico (650-900 d. C.) con el fin de examinar una serie de monumentos de Xochicalco, en el actual estado de Morelos. Estos monumentos corresponden a algunos de los ejemplos más tempranos de una tradición cartográfica, ya madura, en el altiplano central de México.

LA CARTOGRAFÍA INDÍGENA EN LA NUEVA ESPAÑA

Antes de abordar los orígenes de la cartografía mesoamericana, debemos considerar los mapas indígenas producidos durante el contacto con la cultura

européa, ya que este periodo se caracterizó por una abundancia de documentos escritos (Robertson, 1959: 31-32, 179-189; Mundy, 1996). A pesar de que existen bastantes manuscritos mesoamericanos que presentan características similares a las de los mapas occidentales, muchos de éstos no concuerdan exactamente con las nociones y definiciones de los planos europeos. Sin embargo, los mapas indígenas producidos en Mesoamérica representan caminos que enlazan un lugar con otro y topónimos a lo largo de un paisaje. Por ello, puede decirse que, en esencia, los documentos cartográficos mesoamericanos y los mapas europeos tienen funciones comparables en su nivel más elemental. Por lo tanto, consideramos conveniente utilizar el término *mapa* para referirnos a los manuscritos cartográficos elaborados en Mesoamérica que exhiben características amerindias, incluso cuando muestren influencias europeas e independientemente de la información cartográfica que contengan, siempre y cuando presenten algunas de las características básicas.

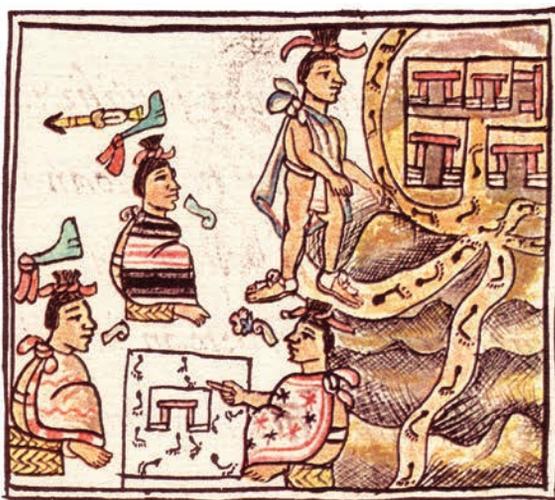
Ciertos manuscritos, por ejemplo, ponen especial énfasis en información que podría considerarse histórica y entran incluso en la categoría de *Res Gestae*, es decir, de registro de acciones llevadas a cabo por dinastías importantes. A pesar de esto, si las características geográficas fijan y encuadran estas narrativas históricas en lo que podría llamarse escenas de paisaje, nosotros las consideramos como una forma de documento cartográfico. Por último, debemos recordar que el arte de la cartografía en Europa realmente estaba en su infancia cuando se descubrió el Nuevo Mundo, por lo que no podemos dejar de cuestionar el posible impacto de esta época de descubrimiento en el desarrollo del oficio de los cartógrafos europeos (Gautier Dalché, 1988; Dym y Offen, 2011).

A continuación examinaremos varios ejemplos con el fin de explorar las características y convenciones de los manuscritos cartográficos mesoamericanos. Se debe tener presente que, aunque los ejemplos en los que nos enfocaremos fueron producidos por hablantes de nawatl del altiplano central, los mapas también fueron una característica determinante de las contemporáneas culturas otomanguanas de Oaxaca (Parmenter, 1993; Boone, 2000: 126-161; Ruiz Ortiz y Jansen, 2009). Lo que realmente diferencia a los mapas europeos y americanos son los usos previstos y los tipos de información que transmitían. El fraile franciscano Bernardino de Sahagún (1499-1590) aportó un relato sugerente en donde refiere que los mexicas usaban mapas para guiar su

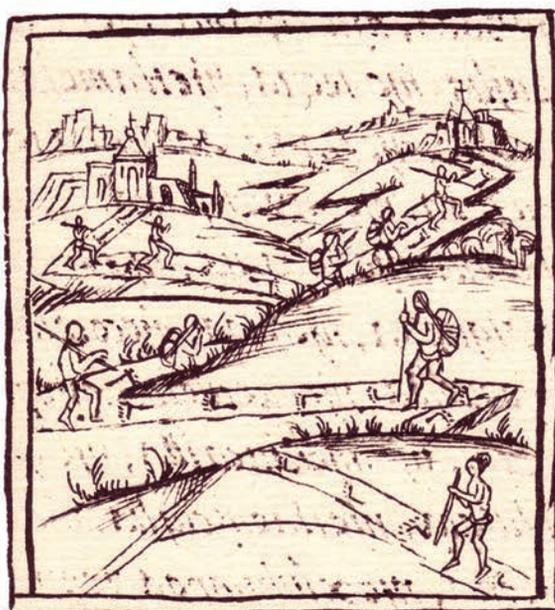
camino a través de campos y durante el desarrollo de batallas y asedios (Sahagún, 1954: 51) (figura 2). Estas declaraciones se unen con las del conquistador Hernán Cortés (Robertson, 1959: 31-32). A pesar de que estos mapas pueden aportar direcciones útiles a exploradores y guías, una lectura cuidadosa de los documentos cartográficos mesoamericanos es suficiente para observar que no estaban diseñados como mapas topográficos con caminos claramente representados a escala. Los mapas mesoamericanos funcionaron principalmente como *aide-mémoires* o dispositivos mnemotécnicos, y requerían un conocimiento previo del paisaje para cumplir sus funciones.

En su interesante y extensiva investigación sobre la cartografía mesoamericana, Barbara Mundy (1996, 1998: 187) reconoce en estos mapas cuatro categorías principales: cosmográficos, celestiales, catastrales y territoriales. Nosotros enfocaremos nuestra atención en estos últimos, los cuales también puede denominarse “historias cartográficas”, ya que en ellos la información histórica a menudo se entrelaza con los paisajes geográficos estilizados (Mundy, 1998: 191-194, 204-221). A grandes rasgos, estas historias cartográficas pueden describirse como mapas territoriales que tienden a incluir información dinástica. También nos interesa aludir brevemente a los temas tratados en los anales, ya que éstos son relevantes para la comprensión de las historias cartográficas, pues, hasta cierto punto, ambas categorías se traslapan.

Los mapas territoriales presentes en la *Historia tolteca-chichimeca* son particularmente ilustrativos dentro del género cartográfico mesoamericano. Esta obra fue escrita en Cuauhtinchan, Puebla, hacia la segunda mitad del siglo XVI (Kirchhoff *et al.*, 1976: 6-12; Leibsohn, 2009; acerca del *Mapa de Cuauhtinchan 2*, véase también Carrasco y Sessions, 2007). Comúnmente, las representaciones territoriales tienen como punto de referencia primario el asentamiento principal o la capital de una ciudad-Estado (*aal-tepeetl*, cuyo significado en nawatl es “montaña de agua”) (Molina, 1571: 4r, 162r; Siméon, 1992: 21; Noguez, 2001: 12-13). De esta forma, en los folios 32v-33r de la *Historia*, sobre la amplitud de dos páginas se aprecia una cordillera en donde una gran águila sirve para señalar el nombre del lugar: Cuauhtinchan, ya que *k^waawtli* significa águila en nawatl (figura 3a). En concordancia con esto, el águila aparece dentro de una caverna, mientras que, encima de ella, una figura sacerdotal enciende el fuego nuevo, ritual importante que estaba asociado a la fundación de ciudades y al establecimiento de nuevas eras (Boone, 2000: 152-158; Oudijk,



a



b

Figura 2. Manuscritos cartográficos y sus convenciones en el *Códice florentino*:
 a) representación del uso de un mapa en donde unos espías informan a sus capitanes durante la planeación de un asedio (libro 8, f. 33v); b) caminos representados de acuerdo con las convenciones mesoamericanas, como vías con huellas que se entrecruzan en un paisaje salpicado de campanarios de iglesias (libro 11, f. 237r).
 Tomado de Sahagún, 1979

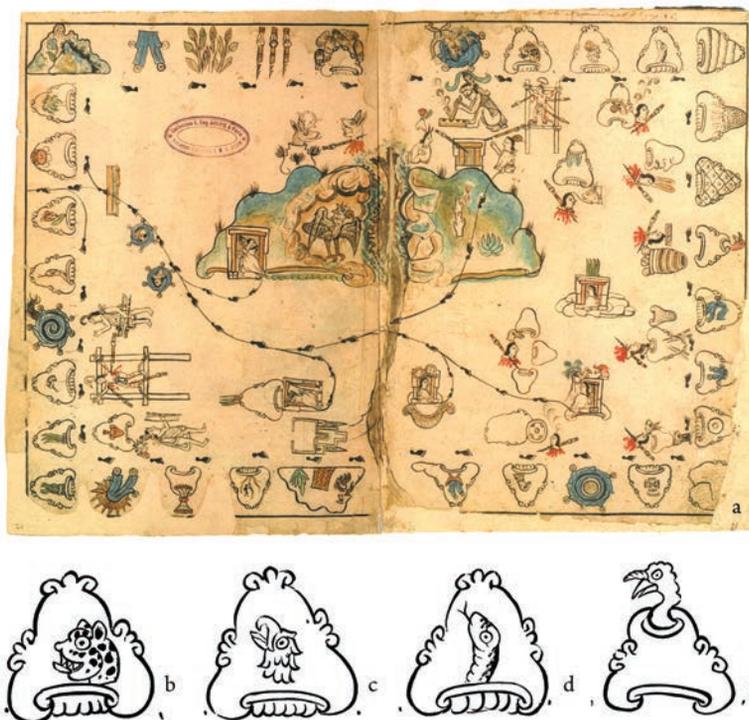


Figura 3. La *Historia tolteca-chichimeca*: a) el mapa que muestra la extensión de la ciudad-Estado de Cuauhtinchan, ubicada en lo que actualmente es el estado de Puebla (f. 32v-33r). Tomado de Kirchhoff *et al.*, 1976: 24-25. Ejemplos de topónimos del susodicho mapa: b) *ooseelooteppeek*, c) *k'awwatepeek*, d) *koowaatepeek*, y e) *tootolkechko*. Dibujos de Christophe Helmke

2002). De esta manera, en el mapa queda claro que Cuauhtinchan es el foco principal e intrínsecamente un centro cósmico.

Alrededor de este folio hay más de tres docenas de compuestos jeroglíficos que registran una extensa serie de topónimos. Dichos signos están alineados en el borde de las páginas, por lo que es necesario girar el mapa para poder leer correctamente cada orilla. Esto indica que la perspectiva imperante es aquella que mira desde el centro hacia los bordes. Los topónimos se repartieron uniformemente en las orillas del manuscrito, en un arreglo que concuerda con las convenciones artísticas y no con la representación fidedigna de las distancias (Mundy, 1998: 206). La gran mayoría de los topónimos emplea signos de montaña como “sustantivos geográficos” (Smith, 1973: 38-41), con

elementos jeroglíficos adicionales dentro o encima de ellos que sirven como calificadores para especificar a qué tipo de montaña se refieren y cuál es el topónimo correspondiente. Muchos de estos signos son logogramas que representan palabras completas, aunque en ocasiones se recurre al principio de *rebus* para generar la lectura fonética deseada sin necesariamente expresar o conferir el significado del elemento representado. Así, por ejemplo, una serpiente dentro de una montaña se escribe [KOWA]TEPE, *koowaa-tepee-k*, cuyo significado en nawatl es “lugar del cerro de la serpiente”; un jaguar dentro de una montaña registra [OSELO]TEPE para *ooseeloo-tepee-k*, “lugar del cerro del jaguar”, de la misma manera en la que [WILO]TEPE, [K^wAW]TEPE y [XAL]TEPE pueden leerse como *wiiloo-tepee-k*, “lugar del cerro de la paloma”, *k^waaw-tepee-k*, “lugar del cerro del águila”, y *xaal-tepee-k*, “lugar del cerro de la arena” (véase Kirchhoff *et al.*, 1976: 194-195) (figura 3b-e).

De particular interés son los nombres de lugar situados alrededor de la orilla del mapa cuyo propósito era representar las características fisiográficas y los poblados localizados en el límite del territorio dominado por Cuauhtinchan. Lo que puede observarse, usando mapas modernos como marco de referencia, es que los topónimos colocados a lo largo del mapa están separados de Cuauhtinchan entre 5 y 68 kilómetros (véase Kirchhoff *et al.*, 1976: 259; Mundy, 1998: fig. 5.16). En consecuencia, está claro que este mapa no se diseñó para representar las distancias exactas entre los distintos lugares, lo cual constituye un punto de partida notable con respecto a los modelos positivistas de los mapas europeos. En este caso se trata de un circuito de topónimos que representan los límites de un territorio y donde, al parecer, se respetó la disposición existente entre ellos. Esto es particularmente evidente cuando se establece una correlación entre estos nombres de lugares y los parajes modernos, ya que puede corroborarse el circuito y la secuencia de topónimos, lo cual muestra el perímetro de un vasto territorio que alguna vez abarcó 6 800 km² (véase Kirchhoff *et al.*, 1976: Mapa 7; Mundy, 1998: 205-207). El mapa se complementa con varios senderos de huellas de pie que marcan un evento histórico: el ingreso de conquistadores indígenas y la consecuente derrota de los asentamientos ubicados en la porción sureste del territorio.

En muchos aspectos, este plano ejemplifica la tradición cartográfica mesoamericana y expone la forma en la que se reprodujeron los paisajes mediante la representación jeroglífica de topónimos cuya disposición definió

los límites territoriales de una ciudad-Estado. Esta característica de la cartografía mesoamericana subsistió incluso en documentos tardíos que fueron escritos exclusivamente con caracteres latinos. De hecho, en un documento datado en 1608, un habitante de San Martín Obispo —actual San Martín de las Pirámides, inmediatamente al norte del sitio arqueológico de Teotihuacan— declaró la considerable extensión de sus tierras mediante la descripción (en nawatl) de un circuito de colinas y cumbres (Gamio, 1922, II: 571-573; Helmke y Nielsen, 2014: 87-88). Volviendo a la *Historia tolteca-chichimeca*, apreciamos que algunos eventos históricos importantes también se entreveran en la estructura geográfica, en donde los aspectos espacial y temporal están señalados por huellas de pie que indican el movimiento de gente a través del paisaje. Lamentablemente, los indicadores de fechas correspondientes a los eventos históricos que se conmemoran en el mapa están ausentes. Es probable que estos eventos hayan sido bien conocidos, por lo que no fue necesario repetirlos. Además, largas secuencias de fechas de calendario forman el eje central de los anales, lo cual puede explicar su ausencia en los mapas.

Otro ejemplo fascinante de estos mapas es el *Códice Xólotl*, cuyo alcance y amplitud superan ampliamente los de la *Historia tolteca-chichimeca*. El *Códice Xólotl* puede datarse alrededor de 1540. Sus páginas fueron consultadas por historiadores tempranos como don Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, descendiente de los reyes de Texcoco, quien afirmó que el código fue pintado durante la regencia del emperador texcocano Nezahualcóyotl (Dibble, 1980: 11). A diferencia de otros mapas, el *Códice Xólotl* no sólo traza la extensión de una ciudad-Estado, sino que intenta proporcionar un panorama geográfico e histórico del valle de México desde la llegada de los chichimecas junto con su caudillo Xólotl, en el año 5-Pedernal (1224 d. C.) y el establecimiento de su capital en Tenayuca, hasta la guerra con los tepanecas en 1427 (Dibble, 1980; véase también Parsons, 1970; Douglas, 2010: 46-50). El examen minucioso de la primera página del código permite apreciar un mapa típico en el que, al igual que en la *Historia tolteca-chichimeca*, los topónimos de la orilla sirven para demarcar la extensión de un territorio, (Mundy, 1998: 208). El mapa en el *Códice Xólotl* respeta la ubicación de los sitios limítrofes del altiplano central dispersos en lo que ahora son los estados de Hidalgo, Puebla, Morelos y el Estado de México. El circuito en

cuestión abarca más de 736 km y comprende un área mayor a 17 300 km² (Mundy, 1998: fig. 5.18).¹

De acuerdo con Ixtlilxóchitl, Xólotl visitó cada uno de estos lugares “durante una caminata ritual en los límites de la región que llegaría a controlar un día” (Mundy, 1998: 206; Alva Ixtlilxóchitl, 1975: 295-296, n. 67).² Otro rasgo que distingue al *Códice Xólotl* es la forma en la que están representados los cuerpos de agua, en particular los lagos del valle de México, que fueron reducidos a bandas sinuosas azules cuya apariencia se asemeja a ríos (figura 4). Además, aunque el *Códice Xólotl* representa una larga secuencia toponímica, predomina la gente que puebla el paisaje, los caminos que recorren, las interacciones entre ellos y sus nombres jeroglíficos. Otra característica distintiva del código son las largas declaraciones representadas con series de jeroglíficos asociados a vírgulas de la palabra. De esta manera, las once hojas que en conjunto conforman al código relatan eventos históricos concernientes a la genealogía extensa de Xólotl y sus descendientes en secuencia cronológica (Dibble, 1980). Por lo tanto, aunque el formato del código concuerda con la tradición de los mapas, resulta claro que el propósito del manuscrito era transmitir información histórica. A pesar del énfasis en dicha intención, puede afirmarse que cuando hay notaciones calendáricas se les resta importancia, ya que las acciones y su disposición espacial son las que proporcionan un sentido de tiempo relativo.

Además de los mapas de la *Historia tolteca-chichimeca* y del *Códice Xólotl*, que corresponden a ejemplos ortodoxos del género, el plano hallado en el folio 2r del *Códice Kingsborough* —también conocido como el *Códice de Tepetlaóztoc*— muestra una mezcla evidente de rasgos indígenas y europeos (véase Valle, 2004) (figura 5). El manuscrito fue realizado alrededor del año 1550 y representa una serie de caminos marcados por huellas de pie cuyo estilo es típicamente mesoamericano, así como cúspides prominentes que en su totalidad están nombradas por compuestos jeroglíficos. En la parte supe-

1 Esta extensión se ha considerado con base en un cálculo con histogramas de distribución de píxeles que excluye la superficie del estado moderno de Tlaxcala. Si parte de Tlaxcala se incluyera en el circuito, entonces el área que abarca la primera página del *Códice Xólotl* aumentaría a 19 400 km².

2 Este aspecto de peregrinaje ritual debe tenerse en cuenta, ya que más adelante trataremos ejemplos de mayor antigüedad.

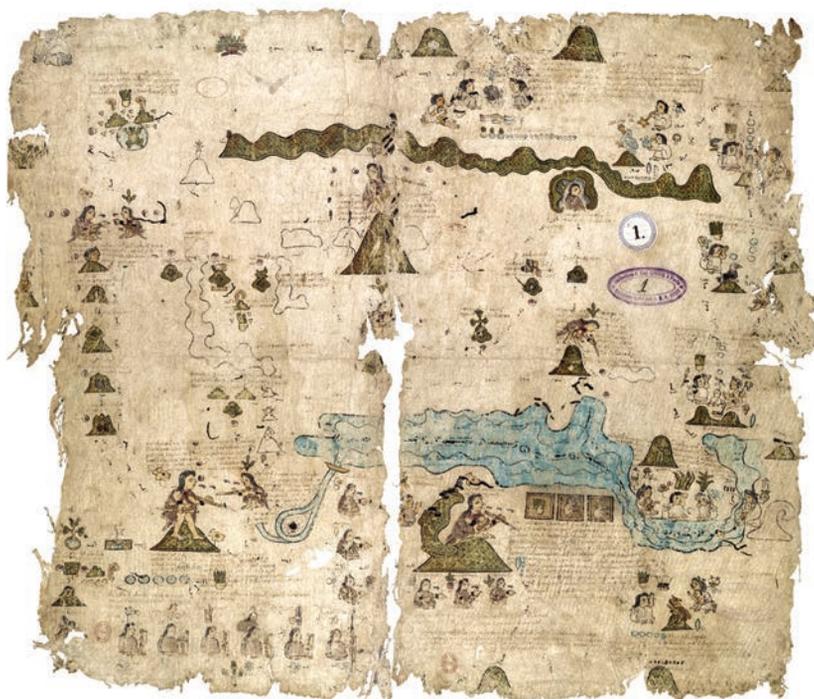


Figura 4. La primera página del *Códice Xólotl* exhibe un mapa detallado del valle de México, así como un gran número de topónimos y personajes principales de la narrativa migratoria. Fotografía © Bibliothèque Nationale de France

rior izquierda del mapa se puede distinguir un signo de “cueva” (*osto*), cuyo calificador es el jeroglífico para “montaña” (*tepe*). Aunque se escribió en forma abreviada, esta composición proporciona la lectura *Tepetlaóztoc* (*tepe[tlá]-osto-[k]* / lugar de la cueva del tepetate), nombre del asentamiento en el valle de México en el que se centra este códice. Bajo la influencia europea, el jeroglífico de “montaña” ha cambiado para formar serranías de lomas y colinas. Adicionalmente, y en un intento por otorgarle una apariencia de naturaleza, se muestra una cubierta selvática sobre el paisaje montañoso.

Muy diferente al *Códice Kingsborough*, que representa información geográfica y territorial en donde las glosas escritas pasan a segundo plano, es el *Códice mendocino*. El *Mendocino* es contemporáneo del *Códice Kingsborough*, pues se elaboró alrededor de 1542. Además, no puede considerarse independiente de la influencia europea, pues fue comisionado por mandato



Figura 5. Una página del *Códice Kingsborough* (f. 2v, lám. A) que muestra la influencia de la cartografía y la pintura paisajística europea, pero que, al mismo tiempo, mantiene la costumbre precolombina en la representación tradicional de topónimos, por ejemplo Tepletaóztoc en la esquina superior izquierda. Fotografía © British Museum

de Antonio de Mendoza, virrey de la Nueva España, en representación de Carlos I de España y V del Sacro Imperio Romano Germánico (Berdan y Anawalt, 1992). De forma similar al *Kingsborough*, el *Códice mendocino* incluye un relato histórico, además de extensas listas de tributos emparejadas con una vasta secuencia de nombres de lugares. En sentido estricto, ninguno de estos códices se puede considerar como un mapa, aunque ambos incluyen representaciones cartográficas.

Este rasgo se limita a la primera página en el *Códice mendocino* que introduce la sección de anales del manuscrito (figura 6). En la lámina se aprecia una representación idealizada y cosmológica de Tenochtitlan, capital mexicana, que funge como centro del universo. Justo en el centro de la página destaca el topónimo *te-noch*, con el cactus (*nochtli*) floreciendo de una piedra (*tetl*). Un águila se posa en lo alto como señal profética que marcaría el lugar



Figura 6. La representación idealizada de Tenochtitlan como el centro del mundo en el *Códice mendocino* (f. 2r), en donde los personajes centrales están sentados en los cuatro cuadrantes cardinales. Tomado de Berdan y Anawalt, 1992, p. 11

en donde los mexicas errantes debían establecer su capital. Esta señal se las había dado su dios patrono *Wuitzilopochtli*, una deidad estrechamente asociada con la guerra y que, según se dice, guió a los mexicas desde la región mítica en Aztlan hasta la tierra prometida,³ en donde establecieron su capital, la sede de poder del imperio mexica. Los canales azules que confluyen en el centro representan la división del cosmos en cuatro regiones en concordancia con las direcciones cardinales, pero también de acuerdo con las cuatro divisiones principales de la capital.

Aparte de juncos, magueyes y una singular casa con techo de paja, diez figuras ancestrales de la historia mexica ocupan el mapa del *Códice mendocino*. Entre ellas se encuentra el fundador, nombrado en el pasaje jeroglífico como *Tenooch*, así como *Ooseeloojaa*, *Xomiimiitl* y *Aakasi'tli*, por nombrar a algunos (Ramírez, 2001: 270; Chimalpáhin Quauhtlehuanitzin, 1997: 61). Además, debajo del topónimo principal se puede observar un escudo cruzado por dardos o saetas. La unión de estos dos signos proporciona el difrasismo *miitl*, *chiimalli*, literalmente “flecha, escudo”, que en nawatl funcionó como un artilugio literario o metáfora para expresar “guerra, batalla” (Molina, 1571: 57r). De esta forma se proporcionó no sólo la información toponímica y los nombres de los pioneros en la fundación de la gran urbe, sino también se aportó la expresión verbal “luchar, combatir”, la cual, en términos émicos, caracterizó a este evento fundacional. Más adelante, las viñetas pequeñas corroboran esta observación: aparecen dos guerreros sometiendo a sus adversarios y cogiéndolos del cabello. Los templos de los enemigos aparecen en llamas e identifican a los jeroglíficos que clasifican y nombran a las montañas estilizadas como Colhuacan (*koolwa'kan*) y Tenayucan (*tenaayokan*).

Lo que vincula al mapa del *Códice mendocino* con la sección de anales en el mismo documento (así como con el género de los anales en general) es el marco turquesa que enumera individualmente una serie de años. En conjunto, estas series de 51 años representan, en términos émicos, el “siglo”, cuyas fechas respectivas corresponden a los años 1325 d. C. y 1376 d. C.

3 Aunque el significado del topónimo *Aztlan* permanece en debate, de acuerdo con una etimología basada en la *Crónica mexicayotl* de Fernando Alvarado Tezozómoc alrededor de 1598, es viable establece su análisis como //astaa-tlaan// “(donde) abundan garzas” (p. ej. Andrews, 2003: 496, 616; Helmke, 2012: 97).

(desde el año 2-Casa hasta el 13-Caña). La cuenta de los años también se anotó en el año 27 (2-Caña) mediante la añadidura de un taladro de fuego que produce humo y que sirve para denotar una ceremonia del fuego nuevo que se celebró en 1351 d. C. (Berdan y Anawalt, 1992: I: 36-37, II: 5-6). Por ende, el mapa representa una gama íntegra de información que incluye topónimos, antropónimos, una cuenta de años, varias acciones verbales y eventos clave. De este modo, el mapa es una combinación altamente informativa de relatos históricos e información territorial, y demuestra la versatilidad de las historias cartográficas en Mesoamérica.

Como contrapunto, en el extremo opuesto está el *Códice Boturini*, también conocido como la *Tira de la peregrinación*. Este manuscrito plegado está bien preservado y se escribió con un trazo seguro y limpio, caracterizándolo como uno de los códices más exquisitos (figura 7). Aunque el códice se pintó después de la conquista, entre 1530 y 1540, presenta un estilo mexica manifiesto y tradicional (Johansson, 2007). De acuerdo con algunos investigadores, la clasificación del *Códice Boturini* se ajusta más a una “historia itinerante” (p. ej., Mundy, 1998: 218) o a un códice de “tema migratorio” (Oudijk, 2011: 162-167), pues el manuscrito relata el viaje de los mexicas desde de su salida de Aztlan en la fecha 1-Pedernal (1168 d. C.). Al parecer, el *Códice Boturini* nunca fue terminado, pues su última página está incompleta y su narración se detiene abruptamente en 1355 d. C. Además, la fundación de Tenochtitlan, atribuida usualmente al año 2-Casa (1325 d. C.), está ausente y sólo se registra que las tribus mexicas residieron en Techcatitlan hasta el 1327 d. C., cuando prosiguieron hasta Atlacuihuayan (véase Johansson, 2007: 58-61; cfr. Berdan y Anawalt, 1992, II: 6; Matos Moctezuma, 1988: 42-44).

En el *Códice Boturini* también es significativa la alternancia entre viñetas que representan episodios clave en el relato y las columnas que registran los años intermedios. Este formato tiene la ventaja de asegurar la coherencia de las fechas, ya que cada año es nombrado y organizado de manera secuencial en el manuscrito —en vez de saltar de fecha en fecha sin mencionar los lapsos temporales intermedios—. De esta manera, la salida de Aztlan conforma el episodio de apertura con la fecha 1-Pedernal claramente marcada (p. 1) y continúa hasta la llegada a Coatépec (p. 5). Desde este momento transcurren 28 años (p. 6) hasta la persecución a Tollan (p. 7), en donde

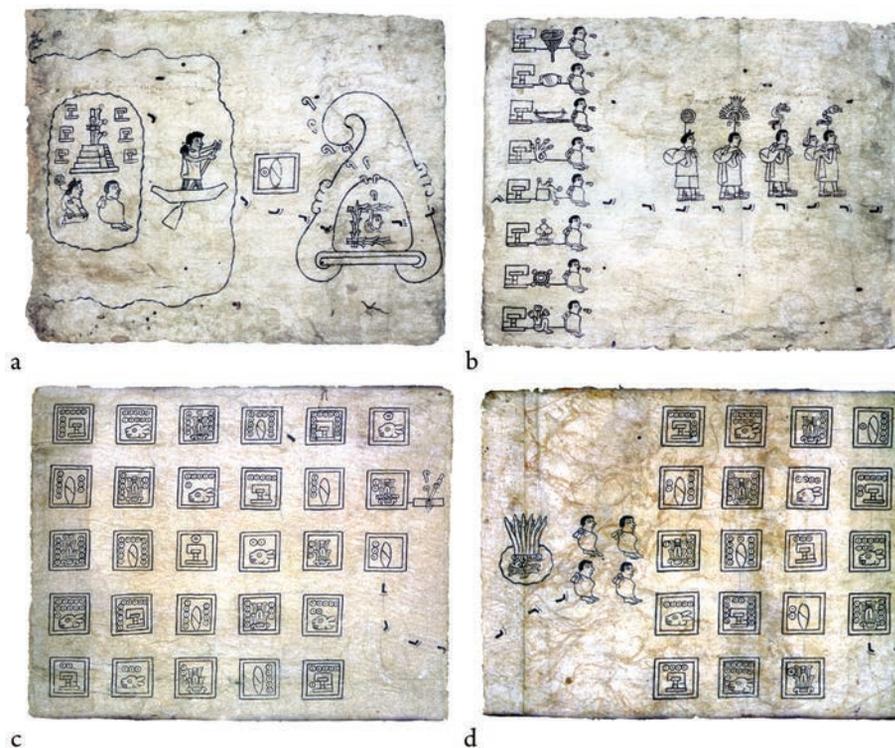


Figura 7. Páginas del *Códice Boturini*: a) la salida de la Aztlan mítica en la fecha 1-Pedernal (página 1): b) los *teomamake* o “cargadores de dios” presidiendo a las ocho tribus aludidas (página 2): c) los 28 años que pasaron los mexicas en Coatepec representados como una serie de años individualmente nombrados (página 6): d) la partida de Tollan en la fecha 3-Pedernal y los 19 años en que estuvieron establecidos ahí (página 7). Tomado de Johansson K., 2007: láms. 1, 2, 6 y 7

permanecen por otros 19 años antes de continuar a Atlitlalacyan, Tlemaco (p. 8) y otras localidades (figura 7).

Si el *Códice Boturini* constara únicamente de viñetas, entonces podría ser considerado como un mapa. Por el contrario, si se removieran las viñetas y los eventos se redujeran a notaciones jeroglíficas que se alternaran entre el conjunto de fechas, entonces su podría adscribirse más propiamente al género de los anales. Por ello, es posible afirmar que el *Códice Boturini* es una fusión de géneros independientes, en donde dos tipos de información que usualmente se expresarían mejor por separado se complementan entre sí. Lo fascinante en este caso es la prominencia de las fechas, cuya importancia en

gran medida está menoscabada en los mapas posteriores a la conquista española. Además, debido a que los mapas se suman a las representaciones geográficas, cuyas narrativas son abundantes e ilustrativas, este género resulta difícil de analizar sin considerar adecuadamente el lugar de códices como el *Boturini*. Como veremos más adelante, la distinción entre los mapas y el género de los anales pudo haber sido una innovación del Posclásico y, por lo tanto, las peculiaridades del *Códice Boturini* serían simplemente arcaísmos deliberados que preservaran un formato de épocas más antiguas.

LOS MONUMENTOS DEL EPICLÁSICO EN MORELOS

El Epiclásico fue un importante periodo transicional que dividió temporalmente a las culturas del Clásico y del Posclásico (Diehl y Berlo, 1989). En muchos aspectos, esta etapa nos permite observar características y atributos culturales del Clásico que se continuaron y fueron heredados y fomentados por las poblaciones del Posclásico. Asimismo, es posible determinar cuáles son los rasgos que desaparecieron durante los conflictos turbulentos que pusieron fin al primero de estos periodos. No obstante, como sabemos, las sociedades del Epiclásico no fueron herederas pasivas de la tradición clásica, pues durante esta etapa también se desarrollaron nuevas ideas y se gestaron importantes tradiciones. Es por ello que resulta indispensable revisar la iconografía de este periodo si se quieren evaluar los orígenes de la tradición cartográfica.

De entre esta iconografía, sobresale la intrigante evidencia que se encuentra en los monumentos del sitio arqueológico de Xochicalco y que indica que ahí prosperó una tradición cartográfica temprana. Es posible pensar que los mapas alguna vez estuvieron presentes en códices que eventualmente desaparecieron con el paso del tiempo. Por ello, podemos considerarnos afortunados de contar con ejemplos tempranos de mapas realizados en piedra en este sitio arqueológico. Además, si bien aún no hay evidencia para sugerir que otros sitios del Epiclásico estuvieron tan dedicados a la tradición de los mapas, no puede descartarse la posibilidad de que nuevos descubrimientos pudieran cambiar este panorama.

El apogeo de Xochicalco se dio en el periodo Epiclásico (c. 650-1000 d. C.), que en términos arqueológicos se conoce como la fase Gobernador

o Xochicalco IV (López Luján, 1995: 42; González Crespo *et al.*, 2008). Aunque algunos investigadores han propuesto que la ocupación de este sitio se puede rastrear desde el periodo Clásico (c. 200-650 d. C.), correspondiente a la fase Fogón o Xochicalco III (Hirth y Cyphers Guillén, 1988: 42; Hirth, 2000: 6), las investigaciones a cargo de Norberto González Crespo y Silvia Garza Tarazona en el epicentro monumental a lo largo de las últimas décadas no han recuperado evidencia clara de la presencia de este periodo en Xochicalco (González Crespo *et al.*, 2008; en prensa). De acuerdo con lo anterior, la fundación de este sitio podría coincidir con los inicios del Epiclásico, pues muchos de los materiales dispersos que se han recuperado para demostrar una ocupación previa no proceden de esta zona arqueológica, sino de depósitos secundarios y sitios aledaños (González Crespo *et al.*, 2008: 125-126).

Por otro lado, aunque hasta ahora no se han establecido correlaciones claras entre las notaciones calendáricas registradas en varios monumentos de Xochicalco, parece que una fecha en especial tuvo gran importancia y su celebración destacó con respecto a las demás. Esta fecha es la del año 9-Caña,⁴ que fue ampliamente registrada en la Pirámide de las Serpientes Emplumadas (Garza Tarazona, 1994: 16). La fecha parece registrar una ceremonia de fuego nuevo que también se conmemoró en otros sitios del Epiclásico como Cacaxtla (Helmke y Nielsen, 2011: 17, fig. 10d-f). Con base en nuestra evaluación estilística de los murales de esta ciudad (Helmke y Nielsen, 2013a), la ceremonia de fuego nuevo debió realizarse en algún momento entre los años 683 y 849 d. C. Aunque este lapso concuerda con las fechas del Epiclásico, desafortunadamente aún no ha sido posible refinar la datación ni establecer correlaciones firmes. Con estos antecedentes en mente, proseguiremos ahora nuestro estudio de la tradición cartográfica a partir de la presentación y discusión de los monumentos de Xochicalco y de los sitios ubicados en su periferia.

⁴ La lectura de estas fechas requiere algunos comentarios. En este caso el signo del día Caña se representa con el llamado jeroglífico Ojo de Reptil, el cual hemos identificado en otros casos como una variante gráfica temprana del signo correspondiente a Caña en el calendario ritual de 260 días (Helmke y Nielsen, 2011: 11-12, 2013b: 393-394). Es sobre esta base que leemos las fechas escritas en las fachadas de la Pirámide de las Serpientes Emplumadas como 9-Caña.

La Piedra del Palacio, nombrada así por Alfonso Caso (1962: 49),⁵ es el monumento Epiclásico más importante en el origen y desarrollo de la tradición cartográfica (figura 8). Se trata de un panel con una sola cara esculpida cuyas medidas son 52 por 53 cm, con un ancho de 19 cm (véase Caso, 1962: 49-50; Smith y Hirth, 2000: 27). El monumento, que fue extraído del sitio por un coleccionista, actualmente forma parte de la colección permanente del Museo Cuauhnáhuac, localizado en el mismo lugar que ocupó el palacio fortificado de Hernán Cortés, en Cuernavaca.

El rasgo distintivo de esta pieza es la senda angular que está marcada por huellas y que recorre el fondo de la escena. La dirección de las pisadas ayuda a identificar el inicio de la narración en el lado derecho y su finalización en la parte izquierda del panel. Los nueve jeroglíficos calendáricos dentro de la escena tienen una posición privilegiada y ocupan el centro del panel. En concordancia con los atributos transitorios del sistema de escritura del Epiclásico, los numerales están formados por combinaciones de barras y puntos, así como por hileras de círculos, práctica de notación numérica que se generalizó durante el Posclásico (Helmke y Nielsen, 2011: 6-7, 2013b: 387-389).

En la parte superior central, encabezando la escena, se encuentra un compuesto jeroglífico que abarca una figura antropomorfa sin cabeza vestida con un taparrabos y un collar con un gran pectoral. La figura carga una banda celeste abreviada sobre su espalda y se esfuerza por sostenerla con sus brazos (véase Caso, 1962: 50; Berlo, 1989: 26, fig. 8; Garza Tarazona, 1994: 16) (figura 10a). Precisamente esta expresión jeroglífica se halla en el friso meridional de la fachada frontal de la Pirámide de las Serpientes Emplumadas (AW4; véase Smith, 2000a: 67) (figuras 9 y 10b). Fue Janet Berlo (1989: 26) quien sugirió por primera vez que esto podía relacionarse con una escena del código mixteco *Vindobonensis* (también conocido como *Yuta Tnoho*), en donde el héroe cultural 9-Viento sostiene, como una deidad Atlante, un cuerpo de agua debajo del firmamento estrellado (figura 10d).⁶ Es muy

5 Este monumento también es designado como “Piedra de Coatlan” por Ángulo (1979: 54), Monumento L2 por Smith y Hirth (2000: 27) y Monumento 1 de Cerro del Mulato por Domínguez y Urcid (2013: 603, 623).

6 Maarten Jansen y Gabina Aurora Pérez Jiménez (2007: 78) han postulado una interpretación de esta escena y su relación con el héroe cultural mixteco 9-Viento, quien “asumió el deber de llevar la vida y el orden a la gran región Ñuu Dzau, llevando consigo el agua

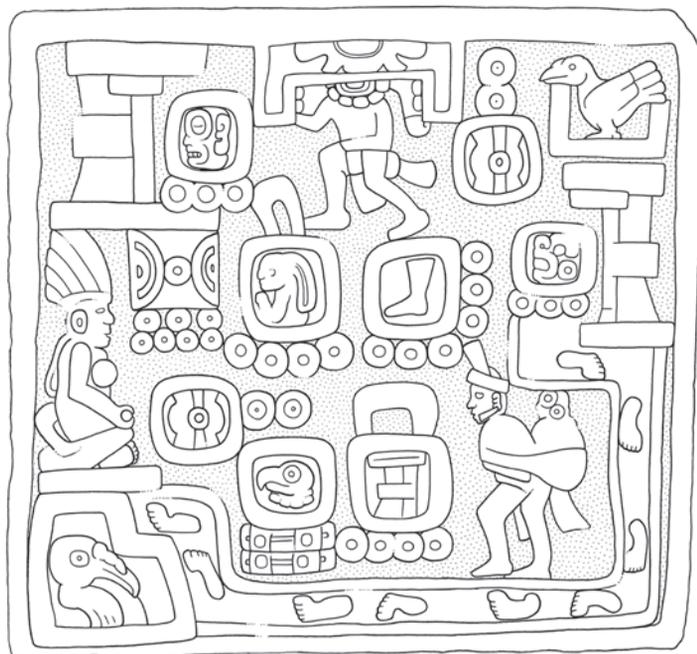


Figura 8. La Piedra del Palacio de Xochicalco, expuesta en el Museo Cuauhnáhuac, en Cuernavaca. Este monumento es el mejor ejemplo epiclásico de un manuscrito cartográfico que se transfirió a piedra. Dibujo de Christophe Helmke, basado en examen del original, así como fotografías de Christophe Helmke, Leonardo López Luján y Rosa Covarrubias



Figura 9. Detalle del friso meridional de la fachada oeste de la Pirámide de las Serpientes Emplumadas. Adaptado de Peñafiel, 1890: 188

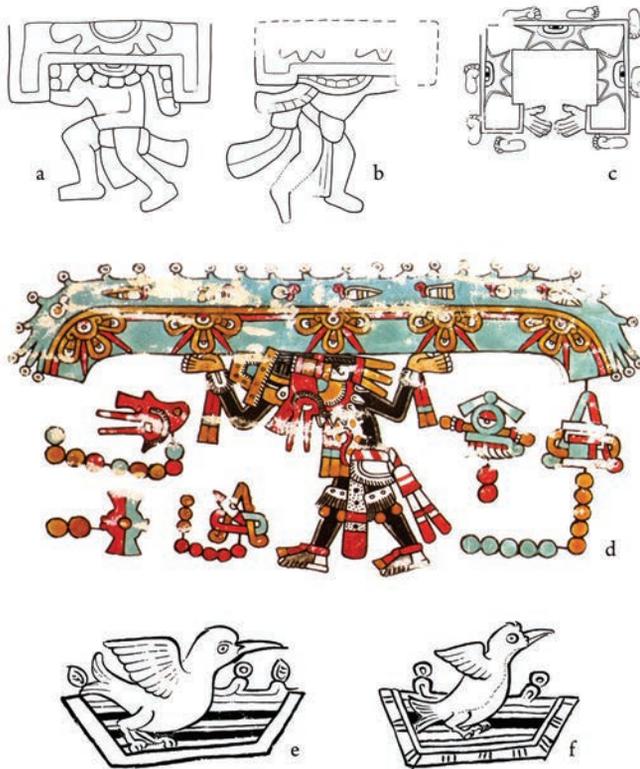


Figura 10. Ejemplos diferentes del verbo “sostener el cielo”: a) Piedra del Palacio; b) jeroglífico AW4 en el friso meridional de la fachada oeste de la Pirámide de las Serpientes Emplumadas; c) jeroglífico B1, pórtico sur, estructura A de Cacaxtla; d) *Códice vindobonensis* (1974: 47). Topónimos mexicas similares a los representados en la Piedra del Palacio: e) *huiçilap* (*Códice mendocino*, f. 23r) y f) *huitziçilapa* (*Códice mendocino*, f. 32r. Dibujos de Christophe Helmke

probable que el ejemplo en el *Códice vindobonensis* consista esencialmente en una representación de cuerpo completo de la forma jeroglífica más abreviada presente en el Epiclásico. Además, esta combinación de signos recuerda el encabezado de la cláusula jeroglífica en el pórtico de la Estructura A de Cacaxtla (figura 10c), el cual consiste en un compuesto jeroglífico conformado

del Cielo, esto es, las estaciones, a diferentes lugares y durante este proceso les asignó fechas de fundación sagradas a cada uno de ellos”. Aquí, lo importante es notar la interpretación de las acciones que llevó a cabo 9-Viento, las cuales fueron parte de una serie de creaciones y eventos fundacionales.

por un signo alambrado, salpicado de estrellas, que termina en dos manos y que está rodeado en su totalidad por una hilera de pisadas. Con base en análisis estructurales y parámetros sintácticos procedentes de los textos de Cacaxtla, nos es factible proponer una función verbal para este jeroglífico (Helmke y Nielsen, 2011: 45-46, 2013b: 422-425) observación que aplica también para el caso de Xochicalco. Por ello, este compuesto jeroglífico clasificaría a la escena en cuestión e informaría al lector acerca del tipo de evento que relata y que se conmemora en la Piedra del Palacio cuyo análisis presentamos a continuación.

La narrativa inicia en el lado derecho, donde se encuentra un templo de perfil en cuyo techo se encuentra un ave posada dentro de un ducto o canal cuadrado (Garza Tarazona, 1994: 14). Esta combinación de signos seguramente proporciona el nombre de la estructura o del asentamiento donde se ubicaba el edificio. Recordemos que entre los mexicas del Posclásico existieron combinaciones similares cuyo propósito era registrar topónimos como Huitzilapan (Berlo, 1989: 39), posiblemente el moderno pueblo de Huitzilac, a sólo 25 km al norte de Xochicalco (Berdan y Anawalt, 1997: 41) (figura 10e-f).⁷ En el extremo opuesto, al final de la escena, se encuentra otro templo casi idéntico que se enfrenta al primer edificio. Debajo del templo puede verse una figura humana sentada, portando un gran penacho y con las piernas cruzadas encima de un signo de montaña simplificado con el calificador de cabeza de un pavo. Con base en esto, suponemos que el templo se localizó en la “montaña del guajolote”. Entre los dos templos se encuentra un camino característico en el que viaja otro personaje con un tocado distintivo y que carga con un mecapan sobre su espalda a una figura casi infantil. Este personaje inmediatamente recuerda a los *teomamake* (cargadores de dioses) de los relatos migratorios mexicas, sacerdotes cuyo deber era cargar la efigie de *Wüitzilootlí durante sus arduos recorridos a través de tierras agrestes (figura 7b) hasta su llegada final a la tierra prometida en donde establecerían su capital (Clavijero, 1971; Siméon, 1992: 487; Von Winning, 1983).*

⁷ Además, se conoce una “casa del ave” en la cultura teotihuacana, la cual nombra una estructura legendaria asociada a un importante mito fundacional. Véase Helmke y Nielsen, 2014: 76; Nielsen y Helmke, 2015a: 32.

La Piedra del Palacio podría registrar una narrativa parecida a la de la migración mexicana en la cual un grupo abandona su tierra natal y carga consigo a una efigie divina para después llegar a un nuevo sitio, en este caso, un lugar llamado “montaña del guajolote”. Al llegar a su destino, los migrantes erigieron un nuevo templo, acto fundacional de suma importancia que serviría para establecer los privilegios rituales del fundador de la dinastía. Considerando la naturaleza auto-referencial de los textos mesoamericanos, parece lógico pensar que la Piedra del Palacio relata la historia migratoria o el mito fundacional de la dinastía local que gobernó Xochicalco. Hipótesis que se sustenta en la amplia distribución del topónimo de la “montaña del guajolote” en el corpus jeroglífico de Xochicalco y que muy probablemente registra el nombre de la ciudad en la antigüedad (Sáenz, 1968: 191; Garza Tarazona, 1994: 15; Helmke y Nielsen, 2011: 40-41; para interpretaciones alternas, véase Garza Tarazona, 2002; Domínguez y Urcid, 2013: 602-604). Además, hasta hoy día subsisten topónimos relacionados con este nombre como San Andrés Totoltepec (50 km al norte de Xochicalco), San Pedro Totoltepec (62 km al noroeste) y Totoltepec de la Paz (58 kilómetros al poniente). Como resulta claro, todos estos nombres incluyen la expresión nawatl *tootoltepee-k* (lugar de la montaña del guajolote), que corresponde con la expresión jeroglífica vista en el sitio arqueológico del Epiclásico (véase Helmke y Nielsen, 2011: 40-41; Nielsen y Helmke, 2015b).

Finalmente, el tocado distintivo del sacerdote que carga a la efigie divina también se ha reconocido en la iconografía de Xochicalco. Ahí, un ejemplo particularmente ilustrativo está representado en la banca policroma de la Estructura K2 ubicada dentro de un complejo al norte de la cancha de Juego de Pelota Este (Garza Tarazona 2015a; Nielsen *et al.*, en prensa). En la banca de la Estructura K2 la figura sacerdotal empuña una bolsa de incienso y viste una capa bordada con un patrón distintivo. Asimismo, el tocado podría ser parte de las vestiduras sagradas de un grupo de especialistas rituales en Xochicalco (véase Nielsen y Helmke, 2015b), lo cual nos permite concluir que la Piedra del Palacio sí registra eventos concernientes a la instauración de la dinastía local.

Ahora bien, aunque los eventos relatados en la Piedra del Palacio podrían referirse a la primera construcción y dedicación de las estructuras más antiguas de Xochicalco al inicio del Epiclásico, también es posible que, como

ocurrió con muchas otras historias dinásticas en toda Mesoamérica, los eventos sean fundamentalmente mitológicos (p. ej., Taube, 1993; Saturno, 2009; Helmke, 2012; Nielsen y Helmke, 2013; Helmke y Kupprat, 2016).

Los eventos mencionados en la narrativa están provistos de notaciones calendáricas. Si asumimos que el orden de lectura es el mismo que el de las imágenes, es decir, si se leen las fechas en el sentido de las manecillas del reloj, se puede observar el inicio de la narración en la parte superior derecha y el final en la parte superior izquierda. Aunque algunos de los signos de día son difíciles de identificar, apoyándonos en otros monumentos del Epiclásico y en signos empleados en la escritura mexicana (véase Caso, 1967; Helmke y Nielsen, 2011: 4-12, 2013b: 386-394; Lacadena, 2014: 2-9), es posible plantear que la narrativa comienza en la fecha 2-Movimiento y continúa hacia 3-Mono para registrar a continuación el inicio del año 4-Casa. Después de éste siguen los glifos 10-Zopilote, 2-Movimiento y 7-Glifo A, para terminar con un signo difícil de distinguir cuya lectura quizá es 3-Muerte (véase Caso, 1962; Garza Tarazona, 1994: 14; para conocer los detalles del glifo A, véase Caso, 1962: 60-61; Taube, 2011: 82-84). La notación que registra 7-Glifo A difiere de las otras, pues ésta se representó con una forma cuadrada y no dentro de un cartucho redondeado, lo que indica que tiene su función diferente a la del resto de notaciones calendáricas y que, tal vez, sirvió para nombrar al personaje sentado sobre el topónimo. Debemos recordar que en otros casos, como el de Chichen Itza, en el área maya, y el de la banca de la Estructura K2 del propio Xochicalco, varios personajes portan los nombres 5-Glifo A y 7-Glifo A, respectivamente (Schele y Mathews, 1998: 252, fig. 6.50; Nielsen *et al.*, en prensa). Estos ejemplos evidencian la utilización de este nombre calendárico como antropónimo en las prácticas onomásticas del Epiclásico.

Otro aspecto digno de atención es el de los elementos en forma de asas —de acuerdo con el término descriptivo usado por Alfonso Caso— sobre las notaciones de calendario en la Piedra del Palacio. En Xochicalco (y en la escritura epiclásica occidental en general) las notaciones de año se distinguen de los registros comunes de los nombres añadiendo el signo de “cuerda bucleada” que representa un mecapal estilizado y denota su función como cargador del año (Caso, 1962: 71-73; Nicholson, 1966; Helmke y Nielsen, 2011: 12-15). Esta cuerda atada es la que acompaña a las fechas 4-Casa y 4-Conejo en la narrativa de la Piedra del Palacio y señala los nombres de

estos años. Gracias a esto sabemos que en el Epiclásico los cuatro cargadores del año siguieron el mismo patrón del Posclásico: casa, conejo, caña y pederal (Helmke y Nielsen, 2011: 12-20, 2013b: 394-401). Actualmente existen también evidencias para proponer que el juego de cargadores del año epiclásicos fue un legado del Clásico temprano teotihuacano (Helmke *et al.*, 2013: 92-93), lo que implica que por más de un milenio existió la misma utilización de este juego de cargadores del año entre las culturas del centro de México. Desafortunadamente, es imposible conocer con precisión qué eventos acontecieron en las fechas nombradas o determinar cuánto tiempo transcurrió entre estas fechas. Sin embargo, si se asume que fueron consecutivas, entonces las fechas 2-Movimiento y 3-Mono al inicio del texto pudieron estar separadas por tan solo catorce días, mientras que los años 4-Casa y 4-Conejo estarían apartados por un mínimo de 13 años. Estamos entonces frente a un monumento claramente diseñado para que lo leyeran personas ya familiarizadas con la narración, con sus eventos clave y con las fechas atribuidas a los acontecimientos.

A pesar de la incertidumbre, la fecha 2-Movimiento es de suma importancia y marca el comienzo del relato migratorio, de manera similar a la fecha 1-Pederal de las narraciones del éxodo mexicana, cuando *Wiiitziloopochtli* instó a las tribus a salir de Aztlan. De forma significativa, la fecha 2-Movimiento se relaciona con otra representación del posible compuesto verbal en la Pirámide de las Serpientes Emplumadas (figura 9). Aun así, en la Pirámide de las Serpientes Emplumadas también se puede apreciar una fecha más completa correspondiente al día 9-Caña en el año ¿13?-Pederal.⁸ Por lo tanto, el inicio de la narrativa alude a la fecha 2-Movimiento tanto en la Piedra del Palacio como en la Pirámide de las Serpientes Emplumadas. Esta lectura de la Piedra del Palacio deja en posición media a una combinación de dos notaciones de calendario, las cuales, como se verá más adelante, fueron una fecha de suma importancia en la narrativa fundacional. La combinación vista en la Piedra del Palacio registra el año 4-Conejo y el día

⁸ Estas fechas también utilizan el signo jeroglífico Ojo de Reptil que interpretamos como una variante del signo de día Caña (Helmke y Nielsen, 2011: 11-12, 2013b: 393-394), mientras que el signo de día Pederal representa la punta de una lanza. Aquí el coeficiente se reconstruye como 13 debido a que debajo de las dos barras existen rastros de tres puntos que en el pasado se desprendieron del friso.

6-Glifo K. El jeroglífico que ha sido bautizado como glifo K representa un pie humano y algunas veces se representa con una porción de la pantorrilla, la cual a veces calza una sandalia (Caso, 1962: 61). Por lo tanto, por cuestiones prácticas, en este artículo nos referiremos al glifo K como el jeroglífico para “pie”. Con base en el proceso de eliminación y su posible uso como *rebus* en este contexto, suponemos que el glifo K simboliza al décimo día del *toonlpoowalli*, correspondiente entre los mexicas al día *itzk^wintli* (perro) (Helmke y Nielsen, 2011: 9-11, 2013b: 393). Las evidencias proporcionadas por otros monumentos, los cuales se darán a conocer a continuación, sientan las bases para proponer a la fecha 6-Pie en el año 4-Conejo como referente en el evento crucial de la narrativa, ya sea la llegada a la “montaña del guajolote”, la dedicación del templo en el susodicho lugar o la combinación de estos dos sucesos.

En los años sesenta, César Sáenz (1968: fig. 7) descubrió un monumento (lamentablemente fragmentado) que guarda relación con la Piedra del Palacio (designada como Estela 5 por Smith y Hirth, 2000: 25; Monumento 11 de acuerdo con Domínguez y Urcid, 2013: 603) (figura 11a). No se registró su procedencia exacta, pero se dice que lo hallaron en medio de un montón de piedras en Xochicalco, y que posteriormente lo trasladaron a una bodega en el sitio (Sáenz, 1968: 190; Smith y Hirth, 2000: 25). Este monumento fragmentado representa la porción izquierda de una escena esculpida y mide solamente 30 por 39 cm. Sáenz lo llamó Piedra de la Fecha 13-Ácatl y sugirió que era la parte superior de una estela, aunque sospechamos que formó parte de un panel, pues se reportó que el monumento era singularmente delgado y que estaba esculpido sólo en una de sus caras. Desde el inicio, Sáenz (1968: 190-191) identificó correctamente la montaña escalonada abreviada que se representó de perfil junto con una cabeza de pavo como calificador, lo cual indica que este monumento también registró el topónimo “montaña del guajolote”. Debajo del topónimo hay una forma trapezoidal que quizás representa el techo de una estructura, aunque su porción inferior está rota, lo cual impide una identificación segura. ¿Podría ser éste el templo que se estableció en la “montaña del guajolote” durante los rituales fundacionales?

Encima de este elemento, y al lado del topónimo, hay una notación calendárica en la cual el signo de día representa la culata de un dardo, algo que se ha detectado en otros monumentos de Xochicalco (véase Selser, 1904:

128-164; Sáenz, 1961; Caso, 1962; Smith, 2000a). Al parecer esta variante es el prototipo del signo del día Caña, el cual sería utilizado entre las culturas del Posclásico en la misma región. El coeficiente del signo de día se representó siguiendo la forma del Clásico, con dos barras y tres puntos, lo cual proporciona la fecha 13-Caña. A partir del corpus de monumentos conocidos en Xochicalco, es posible observar que la pieza en cuestión es más semejante a los paneles que a las estelas y, por lo tanto, quizás registró información similar a la hallada en la Piedra del Palacio. Sáenz creyó que éste era el caso, y sugirió que el monumento pudo conmemorar “un acontecimiento de importancia, quizá la llegada de la tribu o pueblo a un sitio llamado lugar del guajolote” (Sáenz, 1968: 191). Nosotros estamos plenamente de acuerdo con él.

Durante las investigaciones llevadas a cabo en Xochicalco en 1994, Norberto González Crespo y Silvia Garza Tarazona descubrieron otro panel fragmentado que también es relevante en nuestra discusión (Garza Tarazona, 1994: 13-17; véase también Ángulo, 2001: 115, fig. 15) (figura 11b). La designación apropiada para el monumento aún está por resolverse, pues Jorge Angulo llamó al panel Lápida Garza-González en honor de sus descubridores, mientras que Javier Urcid se refiere a él con más parquedad como Monumento 19 (Urcid y Domínguez, 2013: 623). El fragmento de panel muestra la porción izquierda de una escena figurativa complementada con jeroglíficos que registran una notación de calendario correspondiente al año 4-Conejo y al día 6-Pie. A pesar de que el coeficiente de la última parte de la fecha en este caso está escrito con barra y puntos en lugar de una hilera de círculos, esta fecha es exactamente la misma que resalta en el centro de la Piedra del Palacio. Sin lugar a dudas puede decirse que se está refiriendo el mismo evento y que, por lo tanto, forma parte de la misma narrativa registrada en la Piedra del Palacio.

Al igual que en la Piedra del Palacio, aquí se puede ver una serie de pisadas que conectan la porción derecha, ahora desaparecida, con el lado izquierdo, las cuales se desplazan después hacia arriba a lo largo de la porción media del panel. Una figura parcialmente preservada se muestra de pie cerca del centro. Su pierna, capa, taparrabo y parte de su tocado aún son visibles. Esta figura presumiblemente representa a uno de los *teomamake* o personajes sacerdotales que cargan a la deidad efigie, particularmente debido a que

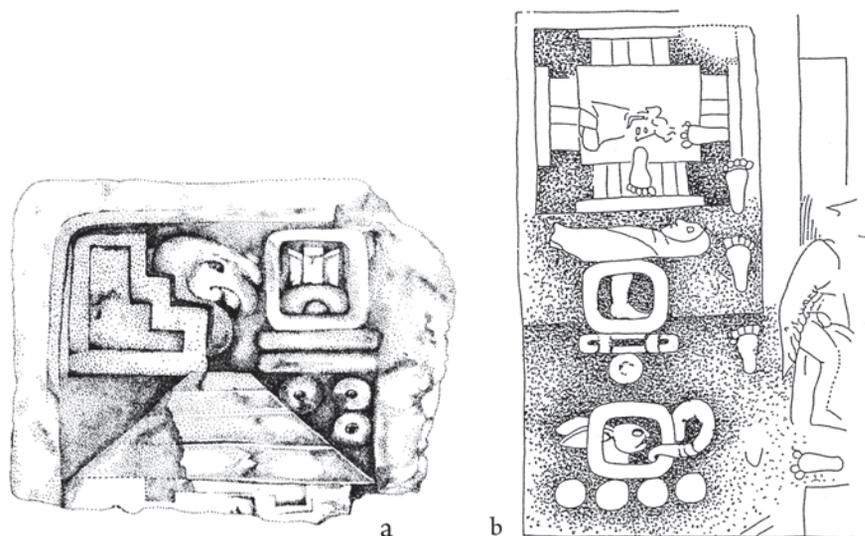
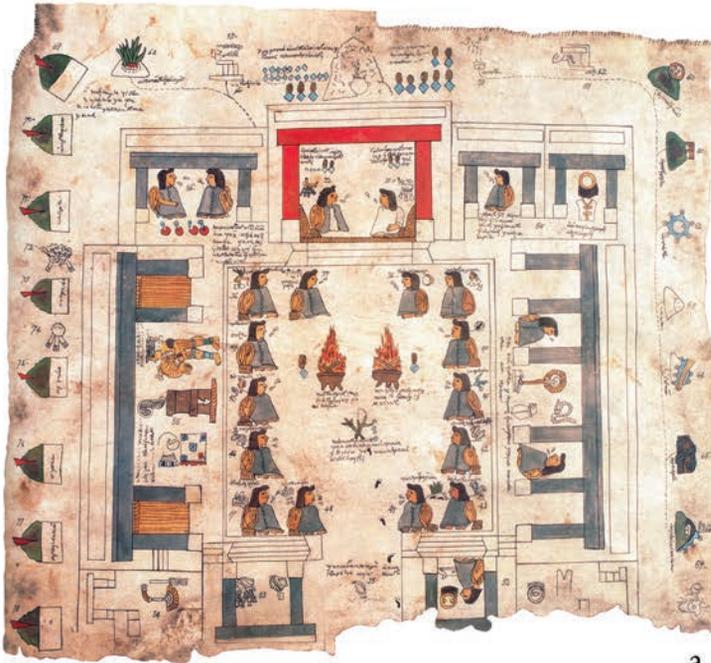


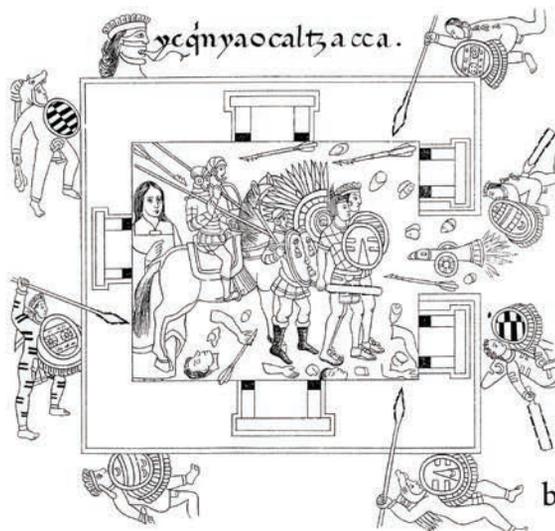
Figura 11. Monumentos de Xochicalco que representan elementos cartográficos y proporcionan narrativas fundacionales: a) estela 5 o piedra de la fecha 13-Caña. Dibujo de Rosa María Escobar, tomado y adaptado de Garza Tarazona, 2002: 56; b) Lápida Garza-González. Dibujo de Chappie Angulo, tomado y adaptado de Angulo, 2001: fig. 15

la capa que viste es semejante a aquella portada por otros sacerdotes en la banca de la Estructura K2 (Nielsen *et al.*, en prensa). El camino de pisadas termina en la esquina superior izquierda de la escena, en medio de una plaza cuadrada rodeada por cuatro estructuras representadas esquemáticamente. La perspectiva de la escena aplana cada una de las estructuras con la finalidad de poder representar la plaza y las fachadas de las estructuras que la rodean, una convención que anticipa por lo menos siete siglos a los ejemplos presentes en el *Mapa Quinantzín* y en el *Lienzo de Tlaxcala* (Robertson, 1963: 26, fig. 3; Chavero, 1979: ilustración 14; Mohar Betancourt, 2004: 138-154, lám. 2) (figura 12).

Una figura humana está sentada ante una de las estructuras y quizá representa al soberano de la Piedra del Palacio, probablemente el fundador dinástico dentro de su corte. Desafortunadamente los detalles de su tocado no son claros. Sin embargo, al parecer porta una capa ancha que cubre gran parte de su cuerpo, lo cual anticipa la forma en la que los mexicas representaban a sus gobernantes. Un rasgo adicional que se halla en este monumento



a



b

Figura 12. Ejemplos del periodo colonial temprano de arquitectura palaciega representada de acuerdo con las convenciones indígenas precolombinas: a) *Mapa Quinantzin*, reprografía de Marco Antonio Pacheco con base en Mohar Betancourt, 1999: 33; y b) *Lienzo de Tlaxcala*, tomado de Cahuantzi, 1939: lám. 9

pero no en otros es la representación de un personaje que yace sobre su espalda y que está envuelto en lo que al parecer es una mortaja que le deja solamente una porción de la cara descubierta. Esta figura está encima de la fecha y, si nos guiamos con los códices de la época colonial, podemos decir que la escena en cuestión indicaría el fallecimiento de un individuo o grupo de gente durante esta fecha en particular. Si se recuerda que esta fecha probablemente registró una fundación dinástica y/o la construcción del primer templo, puede conjeturarse que quizá este glifo pudo registrar la defunción de un predecesor al trono.

También puede ser significativa la posible asociación de la fecha 3-¿Muerte? con la fecha al lado de la estructura ceremonial en la Piedra del Palacio, aunque el signo de día aún es incierto. En los códices del Posclásico y del periodo colonial temprano usualmente puede observarse a los nobles fallecidos envueltos y en posición sedente (como en el *Códice telleriano remensis* y en el *Códice en cruz*), mientras que los cadáveres acostados tienden a denotar víctimas de epidemias (como puede apreciarse en el *Códice Aubin* y, de nuevo, en el *Telleriano remensis*).⁹ Sin embargo, el *Códice Xólotl* proporciona paralelos importantes, pues cuenta con la representación de soberanos amortajados con los rostros expuestos y cuyos cuerpos yacen extendidos sobre sus tronos-*ikapalli*. Por ello, es factible que en la Lápida Garza-González el cadáver amortajado represente a un gobernante recién fallecido, cuya muerte de alguna forma se relacionó con el evento de llegada que conmemora el monumento. La narrativa registrada en estos monumentos fue de suma importancia para los soberanos de Xochicalco e implicó sin duda una serie completa de eventos excepcionales, lo cual se hace patente en las numerosas fechas registradas en ellos.

La importancia de la fecha 4-Conejo y 6-Pie también se hace evidente en en monumentos que registran variantes prominentes de este par de fechas,

⁹De forma alternativa, las maneras discrepantes de representar cadáveres amortajados en los códices del centro de México bien podrían indicar costumbres funerarias diferentes. En la tradición precolombina, por ejemplo, las figuras sedentes hacen referencia a la procesión de cuerpos antes de su cremación, mientras que los cadáveres extendidos apuntan o se vinculan a un entierro cristiano en terreno sagrado (Barbara Mundy, comunicación personal, 2014). A pesar de que lo anterior puede aplicarse a los documentos posteriores a la conquista, la representación de un personaje acostado y amortajado en el panel de Xochicalco indica la posibilidad de explicaciones diferentes.

como la Escultura de la Malinche,¹⁰ que registra la fecha ¿10?-Pie en el año 2-Conejo (figura 13a-c), y el emparejamiento de 1-Pie, 6-Conejo y 13-Pie en el año 5-Caña que aparece en un panel procedente del Cerro Coatzin —monte cercano ubicado al oriente de Xochicalco— y conocido como la Piedra Seler¹¹ (Estructura 4; Peñafiel, 1890: 204; Smith y Hirth, 2000: 24-25) (figura 13d). La Escultura de la Malinche representa a un jerarca que usa una capa puntiaguda o *kechkeemiltl* sentado con las piernas cruzadas dentro de una estructura diminuta cuyo dintel está ornamentado con alhajas circulares o *chaalchiwitl*, plantas de maíz, mazorcas y flores, además de motivos entretejidos en su base y sus jambas.¹² En esencia, todo esto representa una conflación del desenlace de la narración fundacional en donde el gobernante se encuentra en el interior de su templo, una estructura que celebra la riqueza y la abundancia (para conocer interpretaciones alternas, véase Ángulo, 2001: 105-111). A pesar de que por el momento no se puede explicar la variedad de fechas representadas en estos monumentos, la aparición recurrente de las fechas que involucran al año Conejo y al día Pie dista mucho de ser una mera coincidencia y, de alguna manera, implica que estas fechas se consideraron propicias.

También es posible que la Escultura de la Malinche conmemore una reconstrucción llevada a cabo por un gobernante tardío. En ese caso, una fecha histórica tomaría como referencia eventos míticos para expresar una repetición favorable de las fechas clave en la narración. Además, a pesar de que varios investigadores han asumido que este monumento proviene de Xochicalco, hasta ahora su procedencia permanece en disputa, y es claro que se ha confundido con otras obras como la Escultura de Miacatlan y la Escultura de Xochicalco (véase Ángulo, 2001: 105; López Luján, 1995: 130-137; Smith y Hirth, 2000: 34). No obstante, el registro fiable más temprano indica que el monumento fue erigido dentro del pórtico de la iglesia del

10 Este monumento, conocido como Estela 2 según Smith y Hirth (2000: 34), fue designado como Monumento 7 por Urcid (2007: 118), pero como Monumento 7b por Urcid y Domínguez (2013: 623).

11 Designado como Monumento 6 de acuerdo con Urcid y Domínguez (2013: 623).

12 Este motivo entretejido recuerda al elemento calificador presente en el acceso del templo representado en la Banca K2 (Nielsen *et al.*, en prensa), así como en la Pirámide de las Serpientes Emplumadas (véase Taube, 2005: 43, fig. 20).



Figura 13. Ejemplos de monumentos de Xochicalco y sus inmediaciones cuyas fechas implican combinaciones de los signos de los días Pie y Conejo: a) escultura de la Malinche, tomado de Peñafiel, 1890: 201; las fechas de calendario representadas en la Escultura de la Malinche, b) el día ¿10?-Pie en el lado izquierdo y c) el año 2-Conejo complementado con un mecapal diminuto en la porción derecha del monumento. Dibujos de Christophe Helmke; d) la Piedra Seler procedente del Cerro Coatzin, cuya combinación de fechas incluye 1-Pie, 6-Conejo, 13-Pie y el año 5-Caña. Tomado de Peñafiel, 1890: 203

poblado vecino de San Agustín Tetlama, en donde fue “adorada por los naturales como la diosa del agua y de los mantenimientos”, de acuerdo con la declaración del inspector de la Secretaría de Educación Pública en 1929, Roque Cevallos Novelo (Ángulo, 2001: 105).

Tetlama¹³ se ubica casi 3 kilómetros al noroeste de Xochicalco. No se trata solamente de un asentamiento periférico en las afueras de la mancha

13 La etimología del topónimo *Tetlama* puede debatirse. Don Cecilio Robelo, en su estudio precursor, sugirió que la etimología involucró los lexemas para piedra (*te-tl*) y papel (*ama-tl*), basándose en la presencia de formaciones rocosas que se fragmentan y rompen sobre extensos llanos fracturados, de forma similar a hojas de papel (Peñafiel, 1897: 270). No obstante, este análisis parece improbable, ya que el sufijo absolutivo *-tl* de “piedra” se

urbana de Cuernavaca, sino de un poblado que fue establecido sobre un sitio arqueológico, como quedó demostrado gracias a un hallazgo fortuito ocurrido en 2012 en la iglesia local. Mientras se realizaban trabajos de restauración en este sitio se excavó la senda procesional que conduce hacia la iglesia. Ahí, los trabajadores encontraron una piedra grande que, al ser volteada, reveló un monumento epiclásico desconocido hasta ese momento (Torres Mena, 2013; Garza Tarazona, 2015b: 31, 33) (figura 14). El hallazgo le fue relatado a los arqueólogos de Xochicalco y a Ángel Iván Rivera Guzmán, de la Dirección de Registro Público de Monumentos y Zonas Arqueológicas del Instituto Nacional de Antropología e Historia, quien obtuvo fotografías del descubrimiento y, con base en ellas, elaboró un dibujo preliminar y un análisis del monumento (Rivera Guzmán, 2014). Poco después, en diciembre de 2014, Iván Rivera y Christophe Helmke, junto con dos compañeros, se trasladaron a Tetlama para obtener fotografías de alta resolución del monumento con iluminación artificial, empleando luz rasante para resaltar las porciones erosionadas y desdibujadas del relieve. Pocos meses después, en marzo del 2015, Garza Tarazona (2015b) publicó el hallazgo y su interpretación del monumento.

La estela ha sufrido intemperismo moderado en toda la superficie, lo cual impide la identificación de ciertos detalles sutiles. No obstante, su preservación es sorprendentemente buena. El monolito mide 129 cm de altura, 40 cm de ancho y 24 cm de espesor. La base lisa mide una cuarta parte de la altura del monumento, lo cual confirma su identidad como estela (véase también Garza Tarazona, 2015b). Es probable, considerando el contexto secundario de los monumentos de Tetlama, que estos monolitos hayan sido descubiertos en un sitio arqueológico cercano y posteriormente trasladados a Tetlama durante la construcción de la iglesia en el periodo Colonial temprano. En caso de que no provengan de Xochicalco, puede suponerse que los monumentos proceden de otro lugar, por ejemplo, del sitio arqueológico conocido como Cerro del Jumil, localizado sólo tres kilómetros al sureste de

syncopó en formas compuestas. El mismo Antonio Peñafiel sugirió que el topónimo derivó de *Tetlama(k)* (lugar de servidores), el cual a su vez provino de *tetlamakak* o *tetlamakani* (servidor o siervo) (Peñafiel, 1897: 270). Más recientemente, Alfonso Lacadena (comunicación personal, 2014) ha propuesto que el topónimo incorpora el prefijo personal *te-* y la raíz verbal *tlamaa*, la cual tiene diferentes significados, incluyendo “ir de cacería” y “hacer prisioneros”.



Figura 14. La estela de Tetlama descubierta recientemente. Dibujo de Christophe Helmke y Ángel Iván Rivera Guzmán, basado en fotografías y dibujos de campo corregidos con iluminación artificial

Xochicalco, que exhibe una serie de plataformas en terrazas, una cancha de juego de pelota y lo que parece ser un muro defensivo (Gálvez Rosales, 2012; Hirth, 1982: 323-324). Sin embargo, el descubrimiento de la estela en Tetlama y la presencia de la Escultura de la Malinche en el pórtico de la misma iglesia sugieren que el templo cristiano se construyó sobre un importante santuario prehispánico, en concordancia con las prácticas reportadas en otras partes de Mesoamérica. Las tres piedras grabadas integradas en la barda perimetral de la iglesia sustentan esta propuesta: dos de ellas exhiben porciones de plumas como elementos de tocados; la tercera, un rostro burdo, como un petroglifo.¹⁴ Sin duda, estas piedras formaron parte de una fachada de mosaicos más grande, similar a la que decora la Pirámide de las Serpientes Emplumadas en Xochicalco. De esta forma, la variedad de elementos del Epiclásico presentes en la pequeña iglesia colonial dedicada a San Agustín (el santo patrono de Tetlama) sugiere que éstos son los restos del sitio arqueológico sobre el que fue erigido el templo cristiano.

Al igual que en los monumentos examinados anteriormente, en la iconografía de la estela de Tetlama se observa un camino angular marcado con pisadas que ascienden de manera sinuosa desde el fondo hasta la parte superior (Garza Tarazona, 2015b: 33-35). En su base se observa un registro toponímico que proporciona información sobre la localidad representada: en el centro se representa una combinación de signos jeroglíficos formada por un círculo dividido en cuatro partes colocado sobre una mano humana. Este signo circular está presente en otros ejemplos de escritura epiclásica, tanto en Xochicalco como en Cacaxtla (Berlo, 1989: 27-28, 33; Helmke y Nielsen, 2011: 25-26), y sirven quizá para expresar el nombre de una localidad particular o para describir la acción principal de la escena. El compuesto jeroglífico está encuadrado entre dos signos con líneas verticales y horizontales que están vinculados con los motivos paisajísticos descritos como “tierra arada” (Taube, 2000: 41-43) o, de manera más descriptiva, como “signo cuadripartido” (Von Winning, 1987, II: 35-39)¹⁵ y que parecen representar campos agrícolas. Ade-

14 Nosotros hemos designado a estos fragmentos como Piedra 1 (de 32 por 20 cm), Piedra 2 (de 33 por 26 cm) y Piedra 3 (de 22 por 21 cm). Los pobladores locales no pudieron informarnos acerca del origen de estos fragmentos.

15 Nosotros reconocemos que puede ser problemático hablar de “arado” en un contexto mesoamericano, pero utilizamos el término sugerido en la literatura aunque estamos

más de los numerosos ejemplos existentes en la iconografía de Teotihuacan, el mismo motivo está presente en Xochicalco en el registro basal de los frisos a los lados de la escalera de la Pirámide de las Serpientes Emplumadas, y en los textos jeroglíficos de las Estelas 1 y 2 (véase Smith, 2000b: 66; Smith y Hirth, 2000: 23-24; Helmke y Nielsen, 2011: fig. 12d).

Fascinantemente, la narración representada en la estela de Tetlama comienza con la notación calendárica registrada en la esquina inferior derecha de la escena, cuya lectura es 2-Movimiento (Garza Tarazona, 2015b: 34). La inclusión de la fecha 4-Conejo, complementada con un signo de mecapal abreviado al final del sendero con huellas confirma que la narración de esta estela es la misma que aparece en los monumentos analizados anteriormente (Garza Tarazona, 2015b: 35). La narración en la estela de Tetlama inicia y concluye precisamente con las mismas fechas que se encuentran en otros monumentos, lo cual indica, una vez más, que lo ahí representado es la misma historia fundacional. A lo largo del camino puede verse además una serie de figuras erosionadas, que interpretamos como una deidad de apariencia pueril o a su efigie, pues están representadas tres veces, reclinadas sobre lo que parece ser una cuna o un trono-*ikpalli* semejante a los sitiales de los soberanos mexicas (Karl Taube, comunicación personal, 2014).¹⁶ Como la mirada de estos personajes sigue la orientación de las huellas, éstas probablemente representan un viaje a través del sendero que, partiendo desde la base, concluye en la parte de arriba. Frente al primer personaje aparece otra fecha expresada mediante una barra que representa el numeral 5. A pesar de estar parcialmente erosionada, esta fecha representa un día nombrado por la cabeza de un ave rapaz parecida a un águila. Una inspección más cercana revela la presencia de un collar alrededor de esta ave de presa: la fecha 5-Zo-

conscientes de que los arados no se emplearon en Mesoamérica antes de la introducción de animales de tiro provenientes del Viejo Mundo. Sin embargo, los campos pueden labrarse o cultivarse manualmente con azadas y otras herramientas manuales, a lo que aquí nos referimos. Por lo tanto, un término alternativo para designar este signo podría ser “tierra surcada”.

16 En caso de que no haya sido una cuna, entonces la figura tal vez se colocó en un altar de tierra temporal, similar al tipo conocido como *momostli* que los migrantes mexicas construyeron durante su viaje para la efigie de *Wütziloopochtli* (véase el *Códice Boturini*, p. 3, i. e. Johansson, 2007; Simeón, 1992: 287; Rivas Castro, 2005: 219, fig. 16).

pilote. Esta fecha no se representó en los otros monumentos y, por lo tanto, se refiere a otro evento intermedio hasta ahora desconocido.

La escena culmina en la cima. Ahí puede apreciarse una escalera con alfardas que conduce hacia una gran plataforma en donde hay una cancha del juego de pelota delimitada por dos altas estructuras laterales muy empinadas y coronadas por grandes anillos monolíticos que sirven como marcadores axiales. Estas características son similares a las del juego de pelota del Cerro del Jumil, pero, sobre todo, a las de la cancha norte de Xochicalco (figura 15), la cual cuenta también con estructuras laterales de pendiente pronunciada y anillos monolíticos comparables (véase López Luján, 1995: 104; De la Fuente *et al.*, 1995: 245). Sin embargo, la forma o aspecto de la cancha de juego de pelota representada en la estela de Tetlama no debe tomarse de forma literal, pues bien podría referirse a otro campo de juego, tanto en Xochicalco como en algún otro sitio en sus inmediaciones.

En la estela de Tetlama, dos individuos aparecen sentados frente a la cancha o dentro de ella. Los personajes claramente sujetan sobre sus hombros las pértigas que sostienen un palanquín. Éste se eleva ligeramente sobre el suelo como si estuviera a punto de colocarse dentro del campo de juego de pelota. Sobre la plataforma del palanquín está, al parecer, la misma figura reclinada, representada aquí a una escala diminuta que recuerda al personaje de apariencia infantil aludido en el texto de la Estela 1 de Xochicalco (D14). De manera significativa, dicho personaje aparece acostado sobre una estera frente a una estructura (véase Sáenz, 1961; Smith, 2000b). A pesar de que la erosión ha afectado esta parte en la estela, el pequeño personaje reclinado parece estar representado, al igual que en los casos anteriores, dentro del mismo tipo de cuna o trono. En muchos aspectos, estos elementos guardan correspondencia con la forma del juego de pelota. En otro estudio, Rivera Guzmán (2014: 3) ha sugerido que el personaje central es similar al de la Escultura de la Malinche y que el palanquín sirvió como un tipo de adoratorio portátil.

Con base en esta interpretación, nosotros añadiríamos que estas plataformas, junto con el juego de pelota, debieron tener la misma función que el templo asociado a la “montaña del guajolote” esculpida en la Piedra del Palacio y en el conjunto palaciego de la Lápida Garza-González. De esta forma, las estructuras que se observan en la estela de Tetlama pueden repre-



Figura 15. La cancha de pelota norte de Xochicalco que exhibe las mismas paredes y bancos inclinados como el juego de pelota representado en la estela de Tetlama.
Fotografía de Christophe Helmke

sentar edificios construidos a instancias del fundador dinástico de Xochicalco, entre lo cuales quizá se encontraba, como hemos visto, el Juego de Pelota Norte del sitio. De forma fascinante, la senda marcada con pisadas continúa su curso diagonalmente desde la cancha, lo cual sugiere, gracias al signo jeroglífico que marca el camino, que la narración continúa. Aunque este signo no es del todo claro, probablemente podría representar rasgos de uno de los aspectos del Dios de las Tormentas con la llamada cruz de quince que sirve como calificador (véase Nielsen y Helmke, 2017:141-142; Wrem Anderson y Helmke, 2013: 186-187, fig. 10f). Las características distintivas de este Dios de las Tormentas son sólo unas cuantas: discos laterales para la nariz y los ojos, un labio superior largo y curvo, y un jeroglífico de quince dentro de su boca. Este jeroglífico se encuentra precisamente en los textos de las estelas 1 (B7) y 3 (B4) de Xochicalco (Smith, 2000b) y, al igual que en la estela de Tetlama, aparecen sin el coeficiente numérico. Por ello, se descarta su función como signos de día, lo cual resulta interesante si se considera que el día “Lluvia”, el penúltimo en los calendarios del centro de México, se es-

cribió usando la cabeza del dios *Tlaalok*. Así, aunque su función aún es incierta, este signo sirve como un tipo de calificador que proporciona al lector la información concerniente al resto de la narración.

Este análisis esclarece la función de los monumentos de Xochicalco: conmemorar una importante historia fundacional sumamente significativa para los soberanos locales. Por otro lado, las correspondencias destacadas entre distintos monumentos aclaran cuáles elementos se consideraron decisivos, mientras que la información complementaria particular de cada monumento ayuda a hacer más sustanciosos algunos de sus detalles secundarios. Estos monumentos consignaron la historia fundacional o el mito etiológico de la instauración dinástica de Xochicalco y, de acuerdo con las palabras de Nicholson (1969: 40), pueden considerarse en distintos aspectos como códigos transferidos a piedra. Con base en estos ejemplos puede observarse que la historia de origen se enfoca en el viaje de un grupo que, a pesar de estar implícito, se encuentra ausente en la iconografía, con la notable excepción del *teomama* o la efigie divina que personifica al grupo en su totalidad. Lo que se narra es que esta gente tuvo su origen en una localidad y que, partiendo de ahí, viajaron a otro lugar. Sus viajes se representaron en el paisaje con un camino marcado con huellas. Al paisaje no lo define una serie de topónimos delimitadores, sino solamente los puntos de salida y llegada en forma de parámetros geográficos primarios. Además, una serie de fechas proporcionan los elementos clave de la narración, donde las ubicadas al inicio y al final cuentan con el grado más alto de concordancia, con algunas variaciones de la historia producto de los diferentes recuentos de la narrativa en monumentos específicos.

Si bien con lo aquí expuesto se puede argumentar a favor del desarrollo —o al menos de la maduración— de la tradición cartográfica durante el Epiclásico (particularmente en Xochicalco), puede apreciarse también, si se toman en cuenta las múltiples fechas diseminadas en las escenas, que los registros tempranos continuaban siendo anales. De esta forma, puede concluirse que los mapas y anales evolucionaron gradualmente en dos géneros independientes sólo hasta el periodo Posclásico. Durante esta época, muchos mapas aumentaron significativamente su información toponímica mientras disminuían su información calendárica. En algunos casos, estos datos se encuentran ya ausentes, pues habían sido relegados a las narraciones de los anales.

CONSIDERACIONES FINALES

En las últimas décadas, publicaciones de gran relevancia acerca de los sistemas de escritura del centro de México, como las de Berlo (1989) y Taube (2000, 2002), han intentado demostrar la continuidad de signos específicos, convenciones caligráficas y relaciones entre texto e imagen a lo largo del tiempo, desde el Clásico temprano en Teotihuacan hasta el Posclásico en Tula y entre los mexicas, con las culturas del Epiclásico como punto conector. En trabajos previos, hemos investigado esta propuesta elemental (p. ej. Helmke y Nielsen, 2011, 2013c, 2014; Nielsen y Helmke, 2008, 2014; Nielsen *et al.*, en prensa) y, debido a las múltiples similitudes estructurales y sustantivas, ahora estamos en posición de proponer la existencia de un sistema fundamental de escritura logofonético del centro de México que perduró a lo largo del tiempo. En este artículo hemos abordado el tema de la continuidad en la escritura del centro de México desde una perspectiva ligeramente distinta, ya que nos hemos enfocado en las raíces de la tradición cartográfica trazando sus orígenes desde el Epiclásico.

Aunque en las iconografías de Teotihuacan y Xochicalco se han hallado representaciones de códices (Nielsen *et al.*, en prensa; Helmke y Nielsen, en prensa), hasta el momento no se han descubierto libros en contextos arqueológicos. No obstante, Teotihuacan es el lugar donde se encuentran las evidencias más antiguas de transferencia entre diferentes soportes de formatos narrativos pictóricos, los cuales fueron diseñados para traspasarse de un medio a otro, específicamente de códices a pinturas murales (Houston, 2014: 31-73). Por ejemplo, las escenas de Techinantitla (figura 16a) y los murales del Patio 1 de Tetitla (Berrin, 1988; Helmke y Nielsen, 2014: 91, 93-94, fig. 11) (figuras 16b-c) parecen constituir adaptaciones murales de la tradición cartográfica originaria. En todas ellas se representa a personajes que se desplazan por caminos mientras llevan a cabo rituales de aspersion, como si las hojas de los libros plegados se hubieran plasmado sobre una serie de murales contiguos. En este punto vale la pena recordar que los mapas y los lienzos se representaron tradicionalmente en las paredes. Sobre esto, el fraile dominico Francisco de Burgoa informó lo siguiente: “Yo he escuchado a algunos ancianos explicar que ellos mismos ataban estos libros de cosmografía a lo largo de los cuartos de los señores para su propio

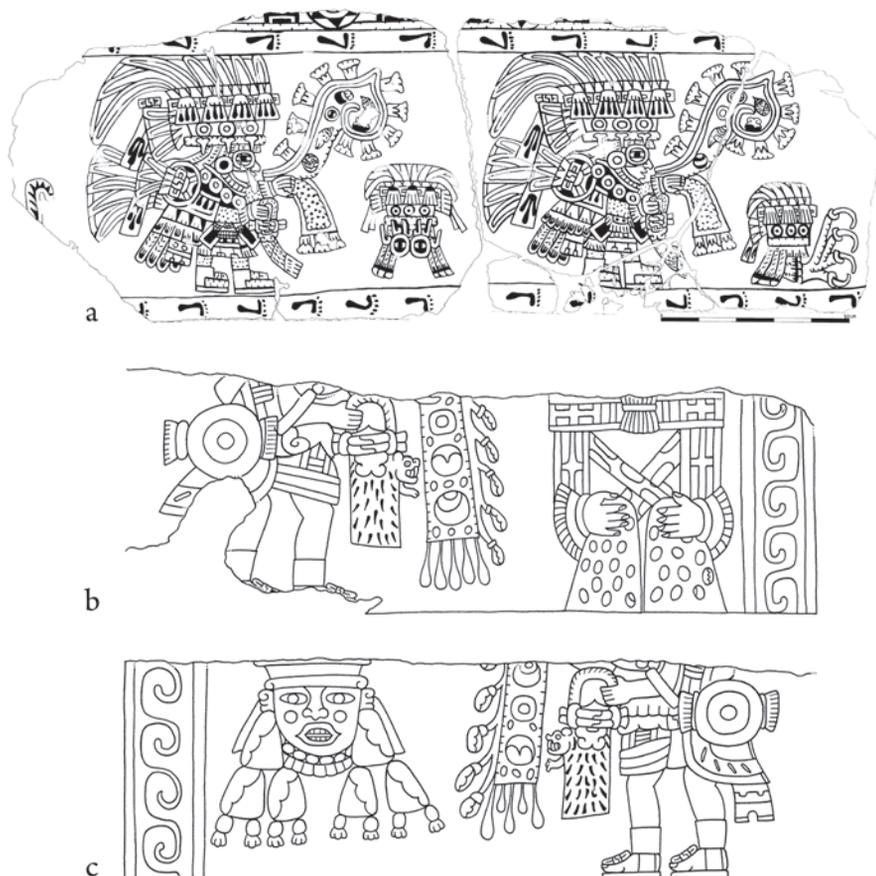


Figura 16. a) una sección de los fragmentos murales del conjunto de Techinantitla, Teotihuacan, que muestra a figuras sacerdotales nombradas por glifos que caminan sobre una senda marcada con pisadas, conmemorando algún tipo de peregrinación o avance ritual. Dibujos de Saburo Sugiyama en Millon, 1988: figs. V.3 y V.4 respectivamente. Algunos de los murales alrededor del patio 1 del conjunto de Tetitla, los cuales muestran a sacerdotes junto a compuestos jeroglíficos entre los que se encuentra uno que registra la forma verbal de las acciones rituales representadas: b) mural 1, pórtico 1 y c) mural 2, pórtico 1. Dibujos de Christophe Helmke, tomados de Nielsen y Helmke, 2014: fig. 11

engrandecimiento, valorándolos y refiriéndose a ellos en sus asambleas” (citado en Pohl, 1994: 141).

Los casos de Xochicalco y de sitios en sus inmediaciones como Tetlama repiten estas prácticas. En ellos los mapas en formato de códice fueron trasladados a monumentos de piedra grabados como los paneles que se

incrustaban en los muros de los espacios arquitectónicos. Aunque nosotros sospechamos que la cuestión de la permanencia pudo desempeñar un papel clave, sólo podemos especular acerca de las causas implícitas en las innovaciones del Epiclásico. No obstante, estos ejemplos proporcionan atisbos privilegiados de la probable apariencia de los mapas epiclásicos, así como del tipo de contenido que transmitían. En suma, hemos propuesto que una serie de monumentos de Xochicalco y Tetlama narran puntos clave de las historias migratorias y fundacionales de la dinastía gobernante local, además de presentar un conjunto de topónimos y fechas específicas y recurrentes que fueron de gran importancia. De esta manera, esperamos haber sido capaces de demostrar que, en cuanto a géneros, formatos y combinaciones de texto e imagen empleadas para expresar parámetros temporales y espaciales, existen indicios claros del alto grado de continuidad cultural desde, por lo menos, el Epiclásico hasta el Posclásico tardío y el periodo colonial temprano.

Esto de ninguna manera quiere decir que no se dieron cambios o innovaciones en el periodo intermedio. Como hemos mencionado, los monumentos del Epiclásico aquí examinados también pretendieron presentar mapas en un formato más reducido o abreviado, quizás condicionado —al menos en parte— por los desafíos técnicos que conllevaba la reproducción en piedra de los detalles e información contenidos en los mapas de los códices. Los monumentos de Xochicalco parecen reflejar la tradición cartográfica del Epiclásico que antecede a los mapas del Posclásico tardío. Si se retrocede aún más en el tiempo, en Teotihuacan pueden detectarse muchos elementos y convenciones iconográficas que demuestran la antigüedad de los antecedentes de la tradición cartográfica, cuyo origen indudablemente se encuentra en el impresionante auge de Teotihuacan, justo en el momento previo al colapso y abandono eventual de la ciudad. De hecho, estos acontecimientos fomentaron los factores sociopolíticos que permitieron el surgimiento de las ciudades-Estado que llegarían a caracterizar al periodo Epiclásico (véase Diehl y Berlo, 1989). Aunque nosotros sólo podemos suponer orígenes más remotos del formato y de las convenciones estructurales de los mapas, los cuales quizá se remontan a tiempos aún más tempranos, las observaciones que hemos presentado en este estudio al menos dilucidan con un enfoque novedoso la historia de las prácticas culturales de mapear el pasado en el centro de México.

AGRADECIMIENTOS

Agradecemos de la manera más atenta y cordial al Instituto Nacional de Antropología e Historia y a los miembros de su Consejo de Arqueología por otorgarnos un permiso de investigación que nos permitió llevar a cabo nuestro proyecto de documentación en Xochicalco. De manera particular, deseamos agradecer al fallecido arqueólogo Roberto García Moll, al licenciado Alfonso de María y Campos Castelló, al arqueólogo Salvador Guilliem Arroyo y a la licenciada María del Perpetuo Socorro Villareal Escárcega. A su excelencia, Martha Bárcena Coquí, ex-embajadora de México en Dinamarca, le agradecemos por sus cartas de presentación, asistencia y aliento. Este proyecto no hubiera sido posible sin el financiamiento del Consejo de Investigación para las Humanidades del Ministerio Danés de Ciencia, Tecnología e Innovación, así como los recursos del Instituto de Estudios Transculturales y Regionales de la Universidad de Copenhague. Agradecemos también a la Facultad de Arqueología de la Universidad de Leiden, Holanda, donde Iván Rivera elaboró parte de este manuscrito como parte de su investigación doctoral. Nuestro más sincero agradecimiento lo extendemos a la comunidad de Tetlama por autorizarnos fotografiar la nueva estela, así como a Harri Kettunen y Felix Kupprat por su ayuda en la obtención de las fotografías. Versiones anteriores de este trabajo se han presentado en un simposio sobre el Epiclásico durante la 80a. reunión anual de la Society for American Archaeology (SAA), y en una conferencia organizada por el Posgrado en Estudios Mesoamericanos de la Universidad Nacional Autónoma de México. Como parte de estos eventos hemos recibido la amable atención de Cynthia Kristan-Graham y Andrew Turner, así como de Verónica Amellali Vázquez López y María del Carmen Valverde Valdés, con quienes estamos agradecidos. Durante la elaboración de este artículo nos benefició mucho la amable asistencia de Elizabeth Jiménez García, Leonardo López Luján, Maarten Jansen, Katarzyna Mikulska y Søren Rantza. Muchísimas gracias a Alejandro Cañas Ortiz por su ayuda en la preparación del texto en español y particularmente a Verónica Amellali Vázquez López y Felix Kupprat por su minuciosa edición. Finalmente, muchas gracias a Karl Taube, Barbara Mundy, Alfonso Lacadena† y Claudia Alvarado León por sus comentarios constructivos a versiones previas de este texto.

REFERENCIAS CITADAS

Alva Ixtlilxóchitl, Fernando de

1975 *Obras históricas*, 2 v., coord. Edmundo O’Gorman, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas.

Andrews, J. Richard

2003 *Introduction to Classical Nahuatl*, Norman, University of Oklahoma Press.

Ángulo, Jorge V.

1979 *Una visión del Museo Cuauhnáhuac, Palacio de Cortés: recopilación histórico-arqueológica del proceso de cambio en el estado de Morelos*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia.

2001 “Análisis iconográfico de algunos monolitos del Museo Regional Cuauhnáhuac”, en Lorenza del Río de Icaza y Fernando Hidalgo Domínguez (comps.), *Espacio y tiempo del Museo Regional Cuauhnáhuac, Palacio de Cortés*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, p. 98-123.

Benavente, fray Toribio de (Motolinía)

1914 *Historia de los indios de la Nueva España*, editado por fray Daniel Sánchez García, Barcelona, Herederos de Juan Gili.

Berdan, Frances y Patricia R. Anawalt (comps.)

1992 *The Codex Mendoza*, 4. v., Berkeley, University of California Press.

1997 *The Essential Codex Mendoza*, Berkeley, University of California Press.

Berlo, Janet C.

1989 “Early Writing in Central Mexico: *In Tlilli, In Tlapalli* before A. D. 1000”, en Richard A. Diehl y Janet C. Berlo, *Mesoamerica after the Decline of Teotihuacan A. D. 700-900*, Washington, Dumbarton Oaks Research Library and Collection, p. 19-47.

Berrin, Kathleen (coord.)

1988 *Feathered Serpents and Flowering Trees: Reconstructing the Murals of Teotihuacan*, San Francisco, Fine Arts Museum of San Francisco.

Boone, Elizabeth H.

2000 *Stories in Red and Black: Pictorial Histories of the Aztecs and Mixtecs*, Austin, University of Texas Press.

2007 *Cycles of Time and Meaning in the Mexican Books of Fate*, Austin, University of Texas Press.

Brotherston, Gordon

1995 *Painted Books from Mexico*, Londres, British Museum Press.

Cahuantzi, Prospero

1939 *Lienzo de Tlaxcala: manuscrito pictórico mexicano de mediados del siglo XVI*, México, Librería Anticuaria.

Carrasco, David y Scott Sessions (comps.)

2007 *Cave, City and Eagle's Nest: An Interpretive Journey through the Mapa de Cuauhtinchan No. 2*, Albuquerque, University of New Mexico Press.

Caso, Alfonso

1962 "Calendario y escritura en Xochicalco", *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, v. 18, p. 49-79.

1967 *Los calendarios prehispánicos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas.

Chavero, Alfredo (coord.)

1979 *Lienzo de Tlaxcala*, México, Editorial Cosmos.

Chimalpáhin Quauhtlehuanitzin, Domingo de San Antón Muñón

1997 *Codex Chimalpahin: Society and Politics in Mexico Tenochtitlan, Tlatelolco, Texcoco, Culhuacan, and Other Nahua Altepetl, Volume 2*, trad. y coord. por Arthur J. O. Anderson y Susan Schroeder, Norman, University of Oklahoma Press.

Clavijero, Francisco Javier

1971 *Historia antigua de México*, México, Porrúa.

Codex vindobonensis mexicanus 1

1974 Vollständige Faksimile-Ausgabe im Originalformat, Graz, Akademische Druck-Und Verlagsanstalt,.

Dibble, Charles E.

1980 *Códice Xólotl. 2 v.*, México, Universidad Nacional Autónoma de México.

Diehl, Richard A. y Janet C. Berlo (coords.)

1989 *Mesoamerica after the Decline of Teotihuacan A. D. 700-900*, Washington, Dumbarton Oaks Research Library and Collection.

Domínguez, Elba y Javier Urcid

2013 “El ascenso al poder del señor 4-Perro: las pinturas murales del Conjunto 2-sub en Cacaxtla”, en María Teresa Uriarte Castañeda y Fernanda Salazar Gil (comps.), *La pintura mural prehispánica de México. V, Cacaxtla*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, t. III, p. 547-606.

Douglas, Eduardo de J.

2010 *In the Palace of Nezahualcoyotl: Painting Manuscripts, Writing the Pre-Hispanic Past in Early Colonial Period Tetzaco, Mexico*, Austin, University of Texas Press.

Dym, Jordana y Karl Offen (coords.)

2011 *Mapping Latin America: A Cartographic Reader*, Chicago, University of Chicago Press.

Fuente, Beatriz de la, Silvia Garza Tarazona, Norberto González Crespo, Arnold Lebeuf, Miguel León-Portilla y Javier Wimer (coords.)

1995 *La Acrópolis de Xochicalco*, México, Instituto de Cultura de Morelos.

Gálvez Rosalez, Mauricio

2012 “Proyecto minero La Esperanza, Cerro el Jumil, Municipio de Temixco, Morelos”, en Nelly M. Robles García (comp.), *Memoria 2007-2012*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Coordinación Nacional de Arqueología, p. 1211-1221.

Gamio, Manuel

1922 *La población del valle de Teotihuacán: el medio en que se ha desarrollado, su evolución étnica y social, iniciativas para procurar su mejoramiento*, 5 v., México, Dirección de Antropología y Secretaría de Educación Pública/Dirección de Talleres Gráficos, México.

Garza Tarazona, Silvia

1994 “Lápida de Xochicalco: un ejemplo de escritura mesoamericana”, en *Memoria del III Congreso Interno del Centro INAH Morelos*, Cuernavaca, Instituto Nacional de Antropología e Historia, p. 13-18.

2002 “El nombre de Xochicalco antes del siglo XVI: ¿Totolhualco?”, *Arqueología Mexicana*, v. 10 (55), p. 56-57.

2015a “El mural del debate. Xochicalco, Morelos”, *Arqueología Mexicana*, v. 23 (136), p. 16-19.

2015b “Una “nueva” estela de Xochicalco”, *En el Volcán Insurgente*, n. 36, marzo-abril de 2015, p. 31-36.

Gautier Dalché, Patrick

1998 “The Reception of Ptolemy’s *Geography* (End of the Fourteenth to Beginning of the Sixteenth Century)” en David Woodward (comp.), *The History of Cartography, Volume 3: Cartography in the European Renaissance*, Chicago, University of Chicago Press, p. 285-364.

González Crespo, Norberto, Silvia Garza Tarazona, Claudia I. Alvarado León y Beatriz Palavicini Beltrán

en prensa “Xochicalco en la secuencia mesoamericana”, *II Coloquio de Arqueología: Geografía Política y Cronología en el México Antiguo*, México, Coordinación Nacional de Arqueología, DEA.

González Crespo, Norberto, Silvia Garza Tarazona, Beatriz Palavicini Beltrán y Claudia Alvarado León

2008 “La Cronología de Xochicalco”, *Arqueología*, n. 38, p. 122-139.

Helmke, Christophe

2012 “Mythological Emblem Glyphs of Ancient Maya Kings”, *Contributions in New World Archaeology*, v. 3, p. 91-126.

Helmke, Christophe y Felix A. Kupprat

2016 “Where Snakes Abound: Supernatural Places of Origin and Founding Myths in the Titles of Classic Maya Kings”, en Daniel Graña-Behrens (comp.), *Places of Power and Memory in Mesoamerica’s Past and Present: How Toponyms, Landscapes and Boundaries Shape History and Remembrance*, Estudios Indiana, v. 9, Berlín, Gebrüder Mann Verlag, p. 33-83.

Helmke, Christophe y Jesper Nielsen

2011 *The Writing System of Cacaxtla, Tlaxcala, Mexico, Ancient America Special Publication*, n. 2, Barnardsville, Boundary End Archaeology Research Center.

2013a “La iconografía de Cacaxtla bajo la influencia maya: identidad, procedencia y datación”, en María Teresa Uriarte Castañeda y Fernanda Salazar Gil (comps.), *La pintura mural prehispánica de México. V, Cacaxtla*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, t. II, p. 363-381.

2013b “La escritura jeroglífica de Cacaxtla, Tlaxcala, México”, en María Teresa Uriarte Castañeda y Fernanda Salazar Gil (comps.), *La pintura*

- mural prehispánica de México*. V, *Cacaxtla*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, t. II, p. 383-425.
- 2013c *Los sistemas de escritura del altiplano mexicano: de Teotihuacan a los Mexica*, manual del taller epigráfico, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro Cultural Universitario Tlatelolco.
- 2014 “If Mountains Could Speak: Ancient Toponyms Recorded at Teotihuacan, Mexico”, *Contributions in New World Archaeology*, v. 7, p. 73-112.
- en prensa “La escritura jeroglífica epiclásica”, en Erik Velásquez García (comp.), *Los sistemas de escritura de Mesoamérica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas.
- Helmke, Christophe, Jesper Nielsen, Cecilia Leni y Amisadaí Navarrete Campos
2013 “The Carved Monuments of Cerro Xoconoch, Teotihuacan Valley, Mexico”, *Mexicon*, v. 35 (4), p. 90-95.
- Hirth, Kenneth G.
1982 “Transportation Architecture at Xochicalco, Morelos, Mexico”, *Current Anthropology*, v. 23 (3), p. 322-324.
2000 “The Xochicalco Mapping Project: An Introduction”, en Kenneth G. Hirth (comp.) *Archaeological Research at Xochicalco*, v. 2, *The Xochicalco Mapping Project*, Salt Lake City, University of Utah Press, p. 3-10.
- Hirth, Kenneth G. y Ann Cyphers Guillén
1988 *Tiempo y asentamiento en Xochicalco, México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas.
- Houston, Stephen
2014 *The Life Within: Classic Maya and the Matter of Permanence*, New Haven, Yale University Press.
- Jansen, Maarten E. R. G. N. y Gabina Aurora Pérez Jiménez
2007 *Encounter with the Plumed Serpent: Drama and Power in the Heart of Mesoamerica*, Boulder, University of Colorado Press.
- Kirchhoff, Paul, Lina Odena Güemes y Luis Reyes García
1976 *Historia tolteca-chichimeca*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Lacadena, Alfonso

2014 *Mesoamerican Writing Systems: Aztec Writing. Manual del taller epigráfico*, Helsinki, University of Helsinki/Academy of Finland.

Leibsohn, Dana

2009 *Script and Glyph: Pre-Hispanic History, Colonial Bookmaking and the Historia tolteca-chichimeca*, Washington, Dumbarton Oaks Research Library and Collection.

López Luján, Leonardo

1995 “Xochicalco: el lugar de la casa de las flores”, en Leonardo López Luján, Robert H. Cobean T. y Alba Guadalupe Mastache F. (comps.) *Xochicalco y Tula*, México/Milán, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Jaca Book, p. 15-141.

Matos Moctezuma, Eduardo

1988 *The Great Temple of the Aztecs of Tenochtitlan*, New York, Thames & Hudson.

Mohar Betancourt, Luz María

1999 “Cómo leer un códice: El Mapa *Quinatzin*”, *Arqueología Mexicana*, v. 7 (38), p. 32-33.

2004 *Códice Mapa Quinantzin: justicia y derechos humanos en el México antiguo*, México, Comisión Nacional de los Derechos Humanos/Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.

Millon, Clara

1988 “A Reexamination of the Teotihuacan Tassel Headdress Insignia”, en Kathleen Berrin (comp.), *Feathered Serpents and Flowering Trees: Reconstructing the Murals of Teotihuacan*, San Francisco, Fine Arts Museum of San Francisco, p. 114-134.

Molina, Alonso de

1571 *Vocabulario en lengua castellana y mexicana, compuesto por el muy reverendo padre fray Alonso de Molina, de la Orden del bienaventurado nuestro Padre Sant Francisco*, México, Casa de Antonio de Spinosa.

Mundy, Barbara E.

1996 *The Mapping of New Spain: Indigenous Cartography and the Maps of the Relaciones Geográficas*, Chicago, University of Chicago Press.

1998 “Mesoamerican Cartography”, en David Woodward y G. Malcolm Lewis (comps.) *The History of Cartography, Volume 2, Book 3: Car-*

tography in the Traditional African, American, Arctic, Australian, and Pacific Societies, Chicago, University of Chicago Press, p. 183-256.

Nicholson, H. B.

- 1966 “The Significance of the ‘Looped Cord’ Year Symbol in Pre-Hispanic Mexico: An Hypothesis”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, v. 6, p. 135-148.
- 1969 “Pre-Hispanic Central Mexican Historiography”, en *Memorias de la Tercera Reunión de Historiadores Mexicanos y Norteamericanos, Oaxtepec, Morelos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/El Colegio de México/University of Texas at Austin.

Nielsen, Jesper y Christophe Helmke

- 2008 “Spearthrower Owl Hill: A Toponym at Atetelco, Teotihuacan”, *Latin American Antiquity*, v. 19 (4), p. 459-474.
- 2013 “The World in a Gourd: A Comparative Perspective on Origin Myths of the Maya and Teotihuacan”, en Jesper Nielsen y Christophe Helmke, *The Maya in a Mesoamerican Context: Comparative Approaches to Maya Studies*, *Acta Mesoamericana*, v. 26, Verlag Anton Saurwein, Markt Schwaben, p. 17-33.
- 2014 “House of the Serpent Mat, House of Fire: The Names of Buildings in Teotihuacan Writing”, *Contributions in New World Archaeology*, v. 7, p. 113-139.
- 2015a “The Fall of the Great Celestial Bird: A Master Myth in Early Classic Central Mexico”, *Ancient America*, 13, p. 1-46.
- 2015b “Bellicose Relations between Cacaxtla and Xochicalco in the Epiclassic Period”, ponencia presentada en *Reconsidering the Mesoamerican Epiclassic Period, Part 2: Interregional Interactions*, 80a. Reunión Anual de la Society for American Archaeology, San Francisco, 16 de abril.
- 2017 “The Storm God: Lord of Rain and Ravage”, en Matthew H. Robb, Danica Hodge y Ann Kalstrom (comps.), *Teotihuacan: City of Water, City of Fire*, San Francisco, Fine Arts Museums of San Francisco/Young Museum/Instituto Nacional de Antropología e Historia, p. 138-143.

Nielsen, Jesper, Claudia Alvarado León y Christophe Helmke

- en prensa “Las bancas policromas de Xochicalco, Morelos, México”, en María Teresa Uriarte (comp.), *La pintura mural prehispánica de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas.

Noguez, Xavier

- 2001 “Altepetl”, en *The Oxford Encyclopedia of Mesoamerican Cultures: The Civilizations of Mexico and Central America*, Oxford, Oxford University Press, v. 1. p. 12-13.

Novotny, Karl Anton

- 2005 *Tlacuilolli: Style and Contents of the Mexican Pictorial Manuscripts with a Catalog of the Borgia Group*, Norman, University of Oklahoma Press.

Oudijk, Michel R.

- 2002 “La toma de posesión: un tema mesoamericano para la legitimación del poder”, *Relaciones*, v. 23, p. 97-131.
- 2011 “Elaboration and Abbreviation in Mexican Pictorial Manuscripts”, en Elizabeth H. Boone y Gary Urton (comps.), *Their Way of Writing: Scripts, Signs, and Pictographies in Pre-Columbian America*, Washington, Dumbarton Oaks Research Library and Collection, p. 149-174.

Parmenter, Ross

- 1993 *The Lienzo of Tulancingo, Oaxaca: An Introductory Study of a Ninth Painted Sheet from the Coixtlahuaca Valley*, Filadelfia, American Philosophical Society, v. 83 (7).

Parsons, Jeffrey R.

- 1970 “An Archaeological Evaluation of the Codice Xolotl”, *American Antiquity*, v. 35, p. 431-440.

Pohl, John M. D.

- 1994 “Mexican Codices, Maps, and Lienzos as Social Contracts”, en Elizabeth H. Boone y Walter D. Mignolo (comps.), *Writing without Words: Alternative Literacies in Mesoamerican and the Andes*, Durham, Duke University Press, p. 137-160.

Peñafiel, Antonio

- 1890 *Monumentos del arte mexicano antiguo: ornamentación, mitología, tributos y monumentos, tomo II*, Berlín, A. Asher & Co.
- 1897 *Nomenclatura geográfica de México: etimologías de los nombres de lugar*, México, Oficina Tipográfica de la Secretaria de Fomento.

Ramírez, José Fernando

- 2001 *Obras históricas I: época prehispánica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas.

Rivas Castro, Francisco

2005 “Sitios con petrograbados y roca trabajada en la cuenca de México: una aproximación simbólica”, en V. Joel Santos Ramírez y Ramón Viñas Vallverdú (comps.), *Los petrograbados del norte de México*, s/l, Centro INAH Sinaloa, p. 201-232.

Rivera Guzmán, Ángel Iván

2014 “Comentarios preliminares sobre una estela prehispánica encontrada en la iglesia de Tetlama, Morelos, México”, manuscrito inédito, Facultad de Arqueología de la Universidad de Leiden, Holanda.

Ruiz Ortiz, Víctor y Maarten E.R.G.N Jansen

2009 *El Lienzo de Otlá: memoria de un paisaje sagrado*, México, Gobierno del Estado de Oaxaca/Yuu Núú.

Robertson, Donald

1959 *Mexican Manuscript Painting of the Early Colonial Period: The Metropolitan Schools*, New Haven, Yale University Press.

1963 *Pre-Columbian Architecture*, Londres, Studio Vista.

Sáenz, César A.

1961 “Tres estelas en Xochicalco”, *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, v. 17, p. 39-65.

1968 “Cuatro piedras con inscripciones en Xochicalco, México”, *Anales de Antropología*, v. 5 (1), p. 181-205.

Sahagún, Bernadino de

1954 *Florentine Codex: General History of the Things of New Spain: Book 8 – Kings and Lords*, trad. Arthur J. O. Anderson y Charles E. Dibble, Salt Lake City/Santa Fe, University of Utah/School of American Research.

1979 *Códice florentino*, edición facsimilar, 3 v., México, Florence Giunti Barbera/Archivo General de la Nación.

Saturno, William A.

2009 “Centering the Kingdom, Centering the King: Maya Creation and Legitimization at San Bartolo”, en William L. Fash y Leonardo López Luján, *The Art of Urbanism: How Mesoamerican Kingdoms Represented Themselves in Architecture and Imagery*, Washington, Dumbarton Oaks Research Library and Collection, p. 111-134.

Schele, Linda y Peter Mathews

1998 *The Code of Kings: The Language of Seven Sacred Maya Temples and Tombs*, Nueva York, Scribner.

Seler, Eduard

1904 “Die Ruinen von Xochicalco,” *Gesammelte Abhandlungen zur Amerikanischen Sprach- und Alterthumskunde*, Berlín, A. Asher & Co., v. 2, p. 128-164.

Siméon, Rémi

1992 *Diccionario de la lengua náhuatl*, México, Siglo XXI Editores.

Smith, Mary E.

1973 *Picture Writing from Ancient Southern Mexico: Mixtec Place Signs and Maps*, Norman, University of Oklahoma Press.

Smith, Virginia

2000a “The Iconography of Power at Xochicalco: The Pyramid of the Plumed Serpents”, en Kenneth G. Hirth (comp.), *Archaeological Research at Xochicalco, Volume Two: The Xochicalco Mapping Project*, Salt Lake City, University of Utah Press, p. 57-82.

2000b “The Art and Iconography of the Xochicalco Stelae”, en Kenneth Hirth (comp.), *Archaeological Research at Xochicalco, Volume Two: The Xochicalco Mapping Project*, Salt Lake City, University of Utah Press, p. 83-101.

Smith, Virginia y Kenneth G. Hirth

2000 “A Catalog of Carved Monuments and a Guide to the Visual Characteristics of Xochicalco’s Art Style”, en Kenneth G. Hirth (comp.), *Archaeological Research at Xochicalco, Volume Two: The Xochicalco Mapping Project*, Salt Lake City, University of Utah Press p. 17-56.

Taube, Karl A.

1993 *Aztec and Maya Myths*, Londres/Austin, British Museum Press/University of Texas Press.

2000 “The Writing System of Ancient Teotihuacan”, *Ancient America*, 1, p. 1-56.

2002 “The writing system of ancient Teotihuacan”, en María Elena Ruiz Gallut (comp.), *Ideología y política a través de materiales, imágenes y símbolos: memoria de la Primera Mesa Redonda de Teotihuacan*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto Nacional de Antropología e Historia, p. 331-370.

- 2005 “The Symbolism of Jade in Classic Maya Religion”, *Ancient Mesoamerica*, v. 16 (1), p. 23-50.
- 2011 “Teotihuacan and the Development of Writing in Early Classic Central Mexico”, en Elizabeth H. Boone y Gary Urton (comps.), *Their Way of Writing: Scripts, Signs, and Pictographies in Pre-Columbian America*, Washington, Dumbarton Oaks Research Library and Collection, p. 77-109.
- Tira de la peregrinación (Códice Boturini)*
- 2007 edición facsimilar, análisis de láminas, paleografía y traducción de textos en náhuatl por Johansson K., Patrick, *Arqueología Mexicana (edición especial)*, n. 26, p. 16-74.
- Torres Mena, Fernando
- 2013 “Es Tetlama un pueblo hechicero”, *El Diario de Morelos*, 14 de septiembre.
- Urcid, Javier
- 2007 “A stela of unknown provenience inscribed in the Central Mexican scribal tradition”, *Mexicon*, v. 29 (5), p. 117-121.
- Urcid, Javier y Elba Domínguez
- 2013 “La Casa de la Tierra, la Casa del Cielo: los murales en el Edificio A de Cacaxtla”, en María Teresa Uriarte Castañeda y Fernanda Salazar Gil (comps.), *La pintura mural prehispánica de México. V, Cacaxtla, tomo III*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, p. 609-675.
- Valle, Perla
- 1994 *Códice de Tepetlaoztoc (Códice Kingsborough)*, Estado de México, Toluca, El Colegio Mexiquense.
- Winning, Hasso von
- 1983 “La procesión de los teomamaque: notas sobre la iconografía de la cerámica moldeada de Veracruz”, *Anales de Instituto de Investigaciones Estéticas*, v. 8 (51), p. 5-11.
- 1987 *La iconografía de Teotihuacan: los dioses y los signos*, 2 t., México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Wrem Anderson, Kasper y Christophe Helmke
- 2013 “The Personifications of Celestial Water: The Many Guises of the Storm god in the Pantheon and Cosmology of Teotihuacan”, *Contributions in New World Archaeology*, v. 5, p. 165-196.

